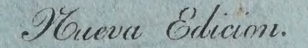


EL HIPÓCRITA,

COMEDIA

DE MOLIERE.



Nueva Edicion.

BARCELONA.
IMPRENTA DE D. FRANCISCO OLIVA,
CALLE DE LA PLATERIA.

1836.





EL HIPÓCRITA,

COMEDIA

DE MOLIERE

EN CINCO ACTOS EN VERSO.

Traducida al castellano

POR D. JOSÉ MARCHENA.



BARCELONA.

IMPRENTA DE **OLIVA**, EN LA PLATERIA.

1836.



EL EDITOR.

La presente comedia es de un mérito sobresaliente, y la mas célebre de cuantas ha producido la chistosa y satírica pluma de Moliere: su fama es inmensa, y todos los sabios y todas las naciones aplauden unánimes esta pieza, y la consideran acreedora á los mayores elogios. En efecto, es un pensamiento feliz el poner en escena la hipocresía, vicio bastante general, y que produce incalculables perjuicios en la sociedad; mas fué empresa muy árdua al propio tiempo, pues debió el Autor manifestar los íntimos sentimientos del vicio y la maldad por medio de actos esteriores de virtud; no obstante, esta contraposicion tan sumamente difícil, la llevó el inmortal Moliere en el *Tartufo* (el *Hipócrita*) hasta un grado admirable de perfeccion, desplegando en el carácter de D. Fidel inimitable maestría, y un profundo conocimiento del corazon humano. Los caracteres de los demas personajes están escogidos con acierto y sostenidos con mucha verdad. Finalmente, las situaciones son interesantes, y el desenlace súbito é imprevisto. Por su parte el traductor ha desempeñado dignamente su tarea con una versificacion suave y natural, y con un estilo correcto y castizo; por lo que el *Hipócrita* es una adquisicion preciosa para el teatro español.

Actores.

DOÑA TECLA, madre de D. Simplicio.
DON SIMPLICIO. marido de Doña Elvira.
DOÑA ELVIRA, muger de D. Simplicio.
DON ALEJANDRO, hijo de D. Simplicio.
DOÑA PEPITA, hija de D. Simplicio.
DON CARLOS, amante de Doña Pepita.
DON PABLO, cuñado de D. Simplicio.
DON FIDEL, hipócrita.
JUANA, criada de Doña Pepita.
DON CELEDONIO, escribano.
UN ALCALDE DE BARRIO.
FELIPA, criada de Doña Tecla.

La escena es en Madrid en casa de Don Simplicio.

EL HIPÓCRITA.

ACTO I.

ESCENA I.

DOÑA TECLA, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, DON PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA y FELIPA.

DOÑA TECLA.

Anda, Felipa, mas vivo,
que me vea libre de ellos.

D.ª ELVIRA.

Tal paso lleva usted, madre,
que alcanzarla no podemos.

D.ª TECLA.

No te canses mas, Elvira,
en seguirme; cumplimientos
ya sabes que no me gustan.

D.ª ELVIRA.

Señora, aquí solo hacemos
lo que es nuestra obligacion;
¿mas porqué con tal despecho
se va usted de nuestra casa?

D.ª TECLA.

Porque aguantar mas no puedo
lo que en ella pasa; vaya,
esta casa es un infierno,
es un escándalo: nadie,
nadie sigue mis consejos;
sin respeto á los mayores,
cantando y hablando recio,
que parece una ginebra.

JUANA.

Si......

D.ª TECLA.

Tú siempre andas metiendo
en todo tu cucharada,
mas que nunca venga á cuento;
eres muy entremetida,
y charlas por cuatro.

D. ALEJANDRO.

Pero....

D.ª TECLA.

En una palabra, chico,
tú no eres mas que un tontuelo;
mírame, que soy tu abuela,
y te lo digo, y le tengo
pronosticado á tu padre
que tú has de ser con el tiempo
una mala cabecilla,
y darle mil sentimientos.

D.ª PEPITA.

Pero, abuela....

D.ª TECLA.

Nietecita,
con los ojos en el suelo,
que parece que no quiebras
un plato; yo te prometo
que mas temo el agua mansa
que la brava, y que te entiendo
tus maulas.

D.ª ELVIRA.

Madre, nosotros....

D.ª TECLA.

Elvira, esto no va bueno,

tu conducta no me gusta;
tú debes darles ejemplo,
como hacia la difunta,
de economía, de arreglo.
Tú, siempre el vestido rico,
los moños, los embelecos.
La que á su marido quiere,
y no trata de cortejos,
no anda tan engalanada.

D. PABLO.

Señora, usted....

D.ª TECLA.

Caballero,
como hermano de mi nuera
á usted estimo y respeto;
mas si fuera su marido,
le suplicara al momento
que se plantara en la calle,
y no volviera aquí dentro.
Usted profesa unas máximas
que no agradan á los buenos;
¿qué quiere usted? yo soy clara,
y digo aquello que siento.

D. ALEJANDRO.

Solo Don Fidel le peta

á usted, y no sé....

D.ª TECLA.

Es muy cierto;
ese es un justo: ¡ojalá
que siguierais sus consejos
todos! Tú, como eres loco,
siempre le andas zahiriendo;
y á fe que me enfadas mucho.

D. ALEJANDRO.

Pues cierto que fuera acuerdo
aguantar que un mojigato
hipocriton se haga dueño
de mi casa, y no podamos
gozar ningun pasatiempo,
sin pedirle antes licencia.

JUANA.

Vaya; y si nos atenemos
á sus palabras, no hay cosa
en que no se ofenda al cielo:
todo dice que es pecado.

D.ª TECLA.

Y dice muy bien el siervo
de Dios; para ir á la gloria
el camino es muy estrecho.

Mi hijo le respeta y quiere;
sigan ustedes su ejemplo.

D. ALEJANDRO.

No, abuela, padre ni nadie
logrará que tenga afecto
á ese hombre yo, y mentiria
si dijera que le puedo
llevar en paciencia; en breve
tendrémos un sentimiento,
si continua el bribon
haciendo de amo aquí dentro.

JUANA.

¿No es cosa que escandaliza
ver á un pobre pordiosero,
que cuando se metió en casa
estaba el maldito en cueros,
mandar, disponer de todo
como si fuera él el dueño?

D.ª TECLA.

Pesia á mí, mejor irian
las cosas por los consejos
de ese santo encaminadas.

JUANA.

Usted cree que es muy bueno,
pero yo, que le conozco,

digo que es un embustero,
gazmoño....

D.ª TECLA.

¡Lengua maldita!

JUANA.

Ni su criado Lorenzo
ni el amo son de fiar.

D.ª TECLA.

El criado, no me meto
en averiguar si es malo;
el amo sé que es muy bueno.
Ustedes le quieren mal
porque no se anda en rodeos,
y reprehende sus vicios;
porque con un santo zelo
defiende la ley de Dios,
y porque no es lisonjero
con el pecado.

JUANA.

Está bien.
¿Pero, porqué hace algun tiempo
que se pone dado al Diablo
cuando viene alguien á vernos?
¿De una visita inocente
acaso se enoja el cielo?

Aquí para entre nosotros,
si va á decir lo que pienso,
él está de mi señora
enamorado y con zelos.

D.ª TECLA.

Calla, calla, y mira bien
lo que hablas. El devaneo
de mi nuera, las visitas,
tanto lacayo y cochero
ahí plantado, tanto coche
á la puerta dan perpetuo
pábulo á la murmuracion
de las gentes; yo bien creo
que no hay ofensa de Dios,
pero el escándalo es cierto.

D. PABLO.

A las lenguas maldicientes
¿quien puede poner silencio?
Bueno seria, señora,
que con los que mas queremos
riñiéramos por temor
de que murmuren los necios:
y ni aun así callarian.
Señora, no nos curemos
de lo que digan los tontos;
sigamos por el sendero

recto, y dejemos que el vulgo
hable cuanto quiera luego.

JUANA.

¿Si será nuestra vecina
Alfonsa quien va diciendo
mal de nosotros? Bien puede,
porque siempre son aquellos
que tienen para callar
mas motivos los primeros
que tiran, y con mas furia,
la piedra al tejado ageno.
La amistad mas inocente
la convierten al momento
en mala, y van pregonando
los imaginados yerros
de los otros, que así esperan
encubrir los verdaderos
que ellos cometen, ó acaso
disculpar sus desaciertos,
descargando en otros parte
del público vituperio
que se tienen grangeado.

D.ª TECLA.

Nada de eso viene á cuento.
Doña Ana, que es una santa,
que solo piensa en el cielo,

habla mucho mal de ustedes;
y me lo han dicho sugetos
que la ven muy á menudo.

JUANA.

¡Buena autoridad por cierto!
Verdad es que esa señora
sirve á Dios con mucho zelo,
y que ha dejado del mundo
las pompas y devaneos;
pero ya el mundo le habia
vuelto la espalda primero.
Con sus reverendas canas
mal se avienen los contentos
mundanales, y ella quiere
con mentidos embelecos
de virtud y santidad
disimularnos del tiempo
los estragos: así son
tantos falsos beaterios.
Se acaba la mocedad,
y con ella los cortejos:
tristes y desamparadas,
¿queda entonces otro medio
para no desesperarse
mas que pensar en el cielo?
Afectando austeridad,
y con semblante severo;

las nuevas santas censuran
á las demas, reprendiendo
toda amistad inocente,
todo honesto pasatiempo;
no por caridad cristiana,
¿qué es caridad? ni por pienso:
por envidia solamente
de que otras gocen contentos
que ellas disfrutaron antes,
mas que para siempre huyeron
con la juventud.

D.ª TECLA.

Bien dicho. *(A Elvira.)*
Elvira, estos son los cuentos
que te gustan; la criada
charlando siempre por ciento,
y los demas calladitos;
pero al fin, yo tambien quiero
hablar á mi vez, y digo
que nunca pudo haber hecho
mi Simplicio mejor cosa
que traer á casa un sugeto
tan santo, y que aquí ha venido
por disposicion del Cielo
para llevarlos á ustedes
por el camino derecho
de salvacion, y sacarlos

de pecado. Todos esos
bailes, festines, visitas,
comedias, y otros festejos,
son invenciones del Diablo,
con que procura perdernos.
Jamás en ellos se escuchan
palabras santas, ni ejemplos
sacados de los sermones;
sino equívocos, requiebros,
y á veces murmuracion
del prójimo; y del estruendo
de estas diversiones salen,
hasta los hombres mas cuerdos,
atontadas las cabezas,
oyéndose en un momento
veinte mil habladurías.
Así dijo con acierto
un predicador muy grave,
que eran estos pasatiempos
la torre de Babilonia,
porque babean por ellos
los tontos y los bolonios;
y para seguir mi cuento,
el predicador.... Parece *(A D. Pablo.)*
que el señor se está riendo:
vaya usted á buscar monos *(A Dª. Elvira.)*
que le diviertan.... No quiero
hablar mas; á Dios Elvira:

di que me emplumen si vuelvo
á poner aquí los pies,
aunque se juntara el cielo
(Da una bofetada á Felipa.)
con la tierra.... Anda maldita:
¡qué sorna y qué contoneo!
Yo te enseñaré á que mires
las musarañas, jumento:
vamos, anda, aguija, vivo.

ESCENA II.

D. PABLO y JUANA.

D. PABLO.

Vaya con Dios, que no quiero
acompañarla, no sea
que me diga otros denuestos.
Cuidado que la abuelita....

JUANA.

Si se oyera llamar eso
bueno le pusiera: vaya,
á usted dijera, á lo menos,
que para llamarla abuela
no es tan vieja.

D. PABLO.

¡Qué mal genio
gasta, y qué pasion le tiene
á su Don Fidel!

JUANA.

Pues eso
es friolera comparado
con el loco devaneo
de su hijo. Jamás se ha visto
tal manía en hombre cuerdo.
En los pasados disturbios
se portó con mucho seso,
y se hizo estimar de todos,
sirviendo con mucho zelo
al Rey contra los rebeldes;
mas desde que aquí tenemos
á su amigo D. Fidel,
el juicio se le ha vuelto.
A madre, hijos y muger,
y á sí propio quiere menos
que al hipocriton; de él solo
fia todos sus secretos;
no hace cosa que no sea
dictada por su consejo;
le llama hermano, le abraza
y le besa, como un tierno

amante hiciera á su dama:
en la mesa, el primer puesto
le ha de ocupar D. Fidel.
Se le cae la baba viendo
al puerco engullir por siete;
le hace el plato, y lo selecto
le aparta; y luego si eructa
le dice: *Dominus tecum.*
En fin, loco está con él;
le mira como un perfecto
dechado; cita sus dichos
y sus obras por modelo
de virtud y santidad,
y por reliquias me temo
que ha de adorar sus vestidos.
Don Fidel, que le ve lelo,
y que quiere sacar baza,
le engaña con embelecos;
y aparentando virtud
le sonsaca su dinero.
Riñe cuanto hacemos todos;
hasta el bribon majadero
del mozo tambien le imita,
y hace de censor acerbo.
Ayer nos hizo el maldito
mil pedazos un pañuelo
de mi señora que halló
sobre un rosario, diciendo

que las pompas del Demonio
era un pecado muy feo
el dejarlas en un sitio
donde están cosas del cielo.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO,
DON PABLO y JUANA.

D.ª ELVIRA. *(A D. Pablo.)*

Muy bien has hecho en quedarte,
que allá fuera de improperios
nos ha llenado. Mas voy
al instante á mi aposento
á aguardar á mi marido,
que ahí viene.

D. PABLO.

Pues yo le espero
aqui para hablarle á solas
dos palabras, é irme luego.

ESCENA IV.

DON PABLO, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. ALEJANDRO.

Dígale usted por Dios, tio,
que acelere el casamiento
de mi hermana; yo no sé,
pero mucho me recelo
que D. Fidel pone estorbos
á union que tanto deseo.
Si Carlitos y mi hermana
se quieren, yo no estoy menos
prendado de la hermanita
de Cárlos, y este himeneo....

JUANA.

Allí viene mi señor.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, D. PABLO y JUANA.

D. SIMPLICIO.

Hermano, Dios te dé buenos
dias.

D. PABLO.

Con bien él te traiga;
¿el campo estará algo seco?

D. SIMPLICIO.

Juana.... Permíteme, hermano,
que me informe en un momento
de lo que aquí haya ocurrido. *(A Juana.)*
¿No hay cosa alguna de nuevo
estos dos dias que falto?
¿está todo el mundo bueno?

JUANA.

Antes de ayer mi señora
tuvo un calenturon recio
con una fuerte jaqueca,
y un vómito muy violento.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

¡D. Fidel!
gordo, colorado y fresco,
reventando de salud.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Y á mas de esto
una gran inapetencia,
que fué tal, que no hubo medio
de hacerla tomar ni un caldo
para conciliar el sueño.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Dando gracias,
porque se lo daba, al Cielo;
dos perdices estofadas
y una pierna de carnero
cenó, con frutas y dulces.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

El crecimiento
le duró la noche entera,
y no hizo mas que dar vuelcos
en la cama, sin pegar
los ojos ni aun un momento,
tanto que hubo que velarla.

D. SIMPLICIO.

¿ Y Don Fidel ?

JUANA.

En un sueño
se llevó toda la noche,
á pierna suelta durmiendo
mientras los demas velaban.

D. SIMPLICIO.

¡ Pobrecito !

JUANA.

Al fin le hicieron
dos sangrías, y con ellas
se encontró aliviada luego.

D. SIMPLICIO.

¿ Y Don Fidel ?

JUANA.

Por cobrar
brios contra el mal ageno,
y recuperar la sangre
que perdió mi ama, su almuerzo
le hizo con medio jamon
y seis vasos de Burdeos.

D. SIMPLICIO.

¡ Pobrecito !

JUANA.

Por fin ambos,
gracias á Dios, están buenos:
yo voy á decir al ama,
señor, con qué sentimiento
ha sabido usted su mal.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO y D. PABLO.

D. PABLO.

Ya ves cual se está rïendo
en tu presencia de ti,
y tiene razon: no quiero
enfadarte; ¿mas quién vió
tal locura en hombre cuerdo?
¿Te ha dado un hechizo acaso
Don Fidel, que, no contento
con traértele á tu casa,
y sacarle del estremo
de miseria en que se hallaba,
dejas por él todo, y luego....?

D. SIMPLICIO.

Vete poco á poco, hermano;
no le conoces, por eso
hablas así.

D. PABLO.

Norabuena;
no sé quien es, mas sospecho
lo que puede ser.

D. SIMPLICIO.

Ah, Pablo,
¡qué rico tesoro tengo
en él! si le conocieras
me lo dirias: ¡qué bueno,
qué virtuoso, qué santo!
un hombre..... vaya, no puedo
encarecértelo; un hombre......
Quien escucha sus consejos
siempre vive en paz profunda,
nada turba su sosiego,
y mira todo este mundo
como un puñado de estiércol.
Yo con su conversacion
estoy hecho un hombre nuevo:
me he desprendido de todos
mis amigos y mis deudos;

hijos, hermanos, muger,
y madre, si en un momento
se murieran á mi vista,
no me importara ni un bledo.

D. PABLO.

Son afectos muy humanos.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios, cuando pienso
en como le conocí,
todavía me enternezco!
No faltaba ningun dia
de la iglesia; muy modesto
se ponia de rodillas
junto á mí, mirando al suelo.
Rezaba con un fervor
tan ardiente el Padre nuestro,
que hasta en el coro se oian
sus gritos y sus lamentos,
y con mucha devocion
mil veces besaba el suelo.
Al salir, siempre me daba
agua bendita en el hueco
de su mano; su criado,
que era imitador perfecto
de su devocion, me dijo
quien era muy por estenso,

y el estado de miseria
en que estaba; yo sabiendo
su necesidad le daba
limosna; mas él modesto
decia: *La mitad sobra;*
ah, señor, yo no merezco
tanta piedad; y si no
se lo tomaba, iba luego
á repartirlo á los pobres
en mi presencia, con esto
me tocó el cielo, le traje
á mi casa, y satisfecho
vivo con su compañía,
cual no podré encarecerlo.
Lo corrige y lo censura
todo, y seis veces mas zelos
tiene de mi muger propia
que yo mismo (no exajero),
y me avisa si sospecha
que alguien le dice requiebros:
¡tanto le duele mi honor!
Pero su devoto zelo
es ya tan escrupuloso,
que el defecto mas ligero
en que incurra, le parece
grave ofensa contra el cielo.
Seis dias ha le picó
una pulga estando haciendo

oracion mental, y al punto
con mil lloros y lamentos
se acusó de que la habia
muerto con mucho despecho.

D. PABLO.

Sin duda te estás burlando,
ó bien has perdido el seso:
vive Dios que tal locura......

D. SIMPLICIO.

Hermano, vamos con tiento,
que eso es hablar con muy poca
religion; y yo me temo
que has de tener que sentir,
y que el castigo del cielo
te ha de coger algun dia.

D. PABLO.

Ese estribillo perpetuo
no se os cae de la boca;
porque vosotros sois ciegos
pensais que somos impíos
todos cuantos claro vemos.
Quien desprecia á los gazmoños
y sus vanos embelecos,
se os figura que á las cosas
santas no tiene respeto.

Mas todos esos discursos
nunca me han metido miedo:
Dios, que ve los corazones,
bien sabe como yo pienso.
Yo no me dejo engañar
de esos viles embusteros
que afectan la devocion,
como otros fingen denuedo.
Así como los valientes
nunca se jactan de serlo,
tampoco afectan piedad
los devotos verdaderos.
Mas tú confundes, hermano,
al hipócrita embustero
con el amigo de Dios,
venerando al fariseo,
cual debieras al apóstol.
Los que mienten santo zelo
en vez de oro nos dan plomo,
y son unos monederos
falsos de la religion,
que seducen á los necios
con sus fingidas virtudes
y con su lenguaje artero.
No, hermano, de la razon
la moderacion es sello,
y sello característico,
como del vicio el esceso:

quien la exagera la estraga:
baste por ahora.

D. SIMPLICIO.

Cierto:
como tú eres un doctor
de la iglesia, un estupendo
teólogo, el Caton del mundo,
y somos locos y necios
los demas, escucharé
con humildad tus consejos,
y haré lo que tú me digas.

D. PABLO.

No, hermano, yo no pretendo
ser doctor, ni saber mas
que los otros; pero pienso
que sé distinguir el grano
de la paja, el oro terso
de la alquimia vil, y cuanto
á los justos reverencio,
execro la hipocresía;
y como no hay en el suelo
cosa mas noble que el santo
zelo y el fervor sincero,
tampoco la hay mas odiosa,
ni mas digna de desprecio,
que la infame hipocresía,

que ese farisáico zelo
de los torpes histriones
de virtud, el sacrilegio
de su falsa devocion,
que cubriendo con el velo
de la religion sagrada
la sentina de su pecho,
abusan del nombre santo
de Dios, y compran á precio
de su mentida piedad,
honras, cargos, y el respeto
del pueblo y de los magnates,
que aspirar fingen al cielo
para grangear riquezas,
y que, anacoretas nuevos,
en los empleos mas altos
predican el menosprecio
de las pompas mundanales,
y en palacio hablan del yermo;
la hiel en el corazon,
la miel en el labio; arteros,
implacables enemigos
de los hombres de talento,
que motejan como impíos;
y siempre el puñal blandiendo
de sus viperinas lenguas,
asesinan los perversos
con capa de religion.

Pero la vista apartemos
de estos devotos del siglo,
que son sepulcros infectos.
Los que merecen el nombre
de justos, los que de ejemplo
ilustre pueden servirnos,
los que veneran los buenos,
no ostentan esa bambolla
de religion y de zelo,
á nadie acusan de impío;
ruegan á Dios que al sendero
recto traiga al pecador;
no corrigen con acerbos
dicterios á sus hermanos;
reprehenden nuestros yerros
con su virtud acendrada;
y no creen de ligero
las apariencias del vicio
en el prójimo, que el bueno
no piensa mal de los otros
fácilmente: los agenos
pecados los compadecen;
tienen aborrecimiento
á la culpa y no al culpado,
sabiendo que agrada al cielo
la humildad y la indulgencia,
y que el justo no es soberbio.
Este es el original

del cristiano verdadero ;
y tu D. Fidel en nada
se parece á tal modelo ;
tú de buena fe le alabas ,
pero en un falso concepto
le tienes, su hipocresía
con la virtud confundiendo.

D. SIMPLICIO.

¿Has acabado ya , Pablo ?

D. PABLO.

Sí, ya acabé.

D. SIMPLICIO.

Lo celebro.

Pues á Dios.

D. PABLO.

Aguarda un rato ,
que hablar de otra cosa quiero :
bien sabes que D. Carlitos
anhela por ser tu yerno ,
y que tú le has prometido
casarle con tu hija.

D. SIMPLICIO.

Es cierto.

D. PABLO.

Que está señalado el dia.

D. SIMPLICIO.

Todo es verdad.

D. PABLO.

¿Y á qué efecto
lo dilatas?

D. SIMPLICIO.

No lo sé.

D. PABLO.

¿Has mudado pensamiento?

D. SIMPLICIO.

Puéde ser.

D. PABLO.

¿A tu palabra
faltar quieres?

D. SIMPLICIO.

No digo eso.

D. PABLO.

Yo no veo otro motivo
que ser pueda impedimento.

D. SIMPLICIO.

Segun.

D. PABLO.

Esplícate, y deja
aparte tantos rodeos.
Cárlos me dijo que hablara
contigo.

D. SIMPLICIO.

Gracias al cielo.

D. PABLO.

¿Pero qué he de responderle?

D. SIMPLICIO.

Lo que mas te venga á cuento.

D. PABLO.

¿Cómo he de decirle nada,
si no sé á que estás resuelto?

D. SIMPLICIO.

A hacer aquello que fuere
la voluntad de Dios.

D. PABLO.

Bueno;
¿pero cumples tu palabra?
ó sí ó no, sin mas rodeos.

D. SIMPLICIO.

Dios te guie.

D. PABLO.

Buenos vamos;
que suceda un desman temo
á su amor; quiero avisarle,
y procurar el remedio.



ACTO II.

ESCENA I.

DON SIMPLICIO y DOÑA PEPITA.

D. SIMPLICIO.

Pepita.

D.ª PEPITA.

Padre.

D. SIMPLICIO.

Mas cerca,
que quiero á solas hablarte.

D.ª PEPITA.

(A D. Simplicio que registra un gabinete.)
¿Qué mira usted?

D. SIMPLICIO.

Es por ver
si está escuchándonos álguien:
para servir de escondite
ese retrete es paraje
á propósito. Bien va,

que no está fisgando nadie.
Pepita, yo sé que tienes
una índole muy suave,
y te he querido bien siempre
por tu condicion amable.

D.ª PEPITA.

Agradezco muy de veras
tan tierno cariño, padre.

D. SIMPLICIO.

Bien dicho; pero si quieres
conservarle y aumentarle
me has de procurar dar gusto.

D.ª PEPITA.

Así lo hago en todo lance.

D. SIMPIICIO.

Hablas bien: y ¿qué me dices
de D. Fidel?

D.ª PEPITA.

¿Quién? ¿yo, padre?

D. SIMPLICIO.

Tú: mira como respondes.

D.ª PEPITA.

¡Ay señor! lo que gustare
usted diré.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO, D.ª PEPITA, JUANA, QUE ENTRA EN PUNTILLAS, Y SE PONE DETRAS DE D. SIMPLICIO, SIN QUE ESTE LA VEA.

D. SIMPLICIO.

Así va bueno.
Dí que te parece amable,
que sus prendas te cautivan,
que tiene cumplidas partes
para marido, y que quieres
que yo te mande al instante
que le des mano de esposo,
sin que un punto lo dilates.
¡He!

D.ª PEPITA.

¡He!

D. SIMPLICIO.

¿Qué es?

D.ª PEPITA.

¿Cómo?

D. SIMPLICIO.

¿Qué dices?

Habla.

D.ª PEPITA.

Temo equivocarme.

D. SIMPLICIO.

¿Y por qué?

D.ª PEPITA.

¿Quien quiere usted
que le diga que es amable
á mis ojos, que cautiva
mi pecho, y que usted me mande
que le dé mano de esposo?

D. SIMPLICIO.

Don Fidel.

D.ª PEPITA.

¡Qué disparate!
¿Si eso no es cierto, á qué viene
decir mentira tan grande?

D. SIMPLICIO.

Yo quiero que sea cierto,
y breve, y sin replicarme,
que lo tengo así dispuesto,
y mi órden debe bastarte.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted padre?....

D. SIMPLICIO.

Sí; quiero
sin tardanza emparentarme
con D. Fidel, siendo tú
su esposa. *(Viendo á Juana.)*
Dí, ¿qué es lo que haces
plantada ahí? pues me gusta,
y cierto que es admirable
la curiosidad, oyendo
lo que decimos: el lance
está bueno.

JUANA.

Yo no sé
si es un rumor en el aire,
ó si tiene fundamento;
pero me hablaron denantes
de estas bodas, y yo dije
que era mentira al instante.

D. SIMPLICIO.

Ola! ¿con qué no lo crees?

JUANA.

Ni aun que me lo digan frailes

descalzos, ni se lo creo
á usted propio. ¡Disparate!

D. SIMPLICIO.

Pues yo te haré que lo creas.

JUANA.

Usted quiere chancearse.

D. SIMPLICIO.

Pronto verémos si es cierto.

JUANA.

¡Cuento!

D. SIMPLICIO.

Pues no es por burlarme
lo que digo; no, hija mia.

JUANA.

No haga usted caso de padre,
señorita.

D. SIMPLICIO.

¿Como que?....

JUANA.

Si se cansa usted en balde,
que no queremos creerle.

D. SIMPLICIO.

Si me enfado, voto á sanes....

JUANA.

Norabuena: le creemos,
para que usted no se enfade;
¿pero no es una vergüenza
que un hombre maduro, grave,
con la coleta tan larga,
tenga tan pocos alcances,
que tome empeño en casar
con un drope despreciable
á su hija? y que....

D. SIMPLICIO.

Escucha, Juana:
tú te tomas facultades
que no me gustan; ¿me entiendes?

JUANA.

Señor, por Dios no se enfade
usted, y dígame en plata:
¿piensa que debe casarse
la niña con un beato?
¿No ve usted cuanto mas vale
que piense en la gloria? ¿Y no es
cargo de conciencia darle

una muchacha tan rica
á un mendigo miserable,
como D. Fidel?

D. SIMPLICIO.

Si es pobre,
su indigencia respetarse
debe mas que la opulencia
de ciento que papel hacen
en el siglo: no cuidando
de los bienes temporales,
le privaron de la herencia
que le dejaron sus padres
los malvados; pero yo
le daré la mano, y antes
de mucho recobrará
el lustre de su linaje,
y sus pingües mayorazgos;
que es rico y de hidalga sangre
Don Fidel.

JUANA.

Así lo dice
él; pero el hacer alarde
de hidalguía mal se aviene
con la humildad, ni ensalzarse
debe nunca un buen cristiano
por ser de noble linaje.

Hijos de Dios somos todos;
la soberbia perdió al ángel,
y.... pero usted se incomoda;
dejemos su cuna aparte,
y hablemos de su persona.
¿No fuera escándalo y grande
que á muchacha tan bonita
llevara hombre semejante?
¿Qué no dirian las gentes?
¿No serian de este enlace
las que entender no se escusan
consecuencias muy probables?
Mucho arriesga la virtud
de una niña en dar al traste,
cuando sus inclinaciones
así las fuerzan sus padres;
la honradez de la muger
pende, señor, en gran parte
de las prendas ó defectos
del marido que le cabe.
Maridos conozco yo
que el buz la gente les hace,
y ellos se tienen la culpa
de que se anden sus mitades
como Dios quiere, que al fin
las mugeres son de carne;
y hay hombres de tal calaña,
tan raros y originales,

que serles fieles seria
tener la virtud de un ángel.
Quien da su hija á tal esposo
es ante Dios responsable
de los yerros que cometa
hasta el dia que enviudare.

D. SIMPLICIO.

¿No sé yo mi obligacion,
que vienes ahora á darme
lecciones?

JUANA.

Y mas valiera
que usted las tomara.

D. SIMPLICIO.

Baste:
no malgastemos el tiempo
en oir sus necedades.
Yo sé lo que te conviene,
y lo miro como padre.
Es muy cierto que á D. Cárlos
dí palabra de casarte
con él; mas luego he sabido
que es jugador, y si vale
decir verdad, mal cristiano.
Nunca he podido encontrarle
en sermones, en novenas,

en jubileos, ni en salves.

JUANA.

Eso faltara, que fuera
á la propia hora á toparse
con usted, como hacen otros.

D. SIMPLICIO.

Lo que te digo es que calles;
nadie te pregunta nada.
Por fin, el otro es un ángel,
un amigo verdadero
de Dios; y de celestiales
gustos será su himeneo
un manantial abundante.
Viviréis como angelitos,
como tórtolas amantes,
entre cariños y arrullos,
sin contiendas ni debates,
y harás de él lo que quisieres.

JUANA.

¿De él? lo que hará es un cofrade
de San Márcos.

D. SIMPLICIO.

¡Hay tal pico!

JUANA.

Si es su estrella irremediable,

si no puede ser por menos,
señor, ni hay virtud que baste
á no meterle en el gremio.

D. SIMPLICIO.

Ya te he dicho que te calles,
y no metas tu cuchara
donde no te llama nadie.

JUANA.

Yo hablo por su bien de usted.

D. SIMPLICIO.

Mi bien no te importa; no hables
mas palabra.

JUANA.

Si no fuera
por la ley que tengo.

D. SIMPLICIO.

Dale;
no quiero que me la tengas.

JUANA.

No, señor, que aunque usted rabie
le quiero tener ley.

D. SIMPLICIO.

¡Oigan!

JUANA.

Y no he de consentir que ande
en lenguas su honor de usted
por tamaño disparate.

D. SIMPLICIO.

¿Con qué, ello, no has de callar?

JUANA.

No señor, porque se me hace
á fe cargo de conciencia
sufrir boda semejante.

D. SIMPLICIO.

Calla, diablo, que el infierno
envió para tentarme.

JUANA.

¿Usted es santo y se enfada?

D. SIMPLICIO.

Y mucho. No has de chistarme,
ó yo te haré que obedezcas
lo que te mando.

JUANA.

Aunque calle
no dejaré de pensar

que es solemne disparate
este matrimonio.

D. SIMPLICIO.

Piensa
lo que quieras, y no me hables....
(Aparte á su hija.)
Con madurez lo he mirado,
y te conviene este enlace.

JUANA.

Rabiando estoy por hablar. *(Aparte.)*

D. SIMPLICIO.

No es de las mas agradables
su figura, mas tampoco
es de las mas repugnantes....

JUANA.

Sí; cara tiene de mico. *(Aparte.)*

D. SIMPLICIO.

Y cuando no te gustare
su facha....

JUANA.

La lotería *(Aparte.)*
con estas bodas le cae.
(D. Simplicio se vuelve hácia Juana, y la está

escuchando con los brazos cruzados y mirándola de hito en hito.)

Si estuviera en el pellejo
de la niña, de este enlace,
á fe de quien soy, no habia
el muy drope de alabarse.
No bien fuera su muger,
cuando supiera vengarme.

D. SIMPLICIO. *(A Juana.)*

¿Con qué, ello, no se hace caso
de lo que yo digo? ¡es lance!

JUANA.

¿Quién hablaba con usted?

D. SIMPLICIO.

¿Pues con quien hablabas antes?

JUANA.

Conmigo propia.

D. SIMPLICIO.

Está bien.
Un bofeton he de darle *(Aparte.)*
para castigar su mucha
desvergüenza.... Que te cases
(Se dispone á dar una bofetada á Juana, y á cada palabra que dice á su hija se vuelve á mirar

si aquella habla. Juana se está quieta y sin despegar los labios.

con D. Fidel he resuelto,
y que se haga lo mas antes
esta boda. ¿En qué consiste, *(A Juana.)*
Juana, que contigo no hables?

JUANA.

No tengo mas que decirme.

D. SIMPLICIO.

Una palabrita.

JUANA.

Dale:
no me da gana.

D. SIMPLICIO.

Atisbando
te estaba.

JUANA.

Sí; á buena parte.

D. SIMPLICIO.

En fin, hija, sé obediente,
cásate con él, y dame
gusto.

JUANA. *(Huyendo á todo correr.)*

Yo no me casara,
aunque viva me majasen.

D. SIMPLICIO.

(Despues de haber querido dar un bofeton á Juana y darle en vago.)

Tienes contigo un demonio
del infierno; que me maten
si puedo un punto con ella
vivir sin desesperarme,
y sin ofender á Dios.
Me voy á tomar el aire;
porque estoy tan irritado
que me temo que ha de darme
un tabardillo pintado.

ESCENA III.

DOÑA PEPITA Y JUANA.

JUANA.

¿Está usted muda? ¿ó qué diantre
le sucede, que me deja
que yo responda á su padre,
como si debiera yo
con D. Fidel desposarme?

Estoy tonta: ¡á tal locura
ni siquiera replicarle!

D.ª PEPITA.

¿Que querias tú que hiciera
en tan apretado trance?

JUANA.

Todo lo que es necesario
para precaver tan grande
disparate.

D.ª PEPITA.

¿Qué?

JUANA.

Decirle
que nunca las voluntades
se llevan unas por otras,
que quien se casa no es padre,
sino usted, y que por tanto
un novio que no le agrade
á usted no ha de ser su esposo;
que pues tanto elogio le hace
de su D. Fidel, bien puede,
si quiere, con él casarse
mi amo, sin que impedimento
le ponga usted por su parte;
que quiere usted novio á gusto.

D.ª PEPITA.

Si tiene en las voluntades
tal dominio un padre siempre,
que no acerté á replicarle.

JUANA.

Poco á poco: D. Carlitos
quiere bien, y usted lo sabe.
Claro: ¿usted le quiere ó no?

D.ª PEPITA.

¡Qué estraña pregunta me haces!
No te lo he dicho cien veces?
No te he descubierto ya antes
mi pecho otras ciento? ¿No
conoces mi amor constante?

JUANA.

¿Y qué sé yo si la lengua
mintió, ó si usted á olvidarse
ha llegado de él?

D.ª PEPITA.

¡Yo, Juana!
Cómo tanto agravio me haces?
No te he dicho que le adoro?
No lo has visto? No lo sabes?

JUANA.

¿Con qué usted le quiere?

D.ª PEPITA.

Mas
que cuanto puedo esplicarte.

JUANA.

¿Y él le quiere á usted tambien?

D.ª PEPITA.

Eso no puede dudarse.

JUANA.

¿Y ustedes ambos anhelan
porque cuanto antes los casen?

D.ª PEPITA.

Cierto.

JUANA.

¿Y qué resuelve usted
hacer con ese danzante
de D. Fidel? Con entrambos
no es posible desposarse.

D.ª PEPITA.

Antes quitarme la vida.

JUANA.

El remedio es admirable;
así se sale de todo,
y por camino suave:
no hubiera yo dado en ello...
Vaya, me llevan mil diantres
cuando oigo tales respuestas.

D.ª PEPITA.

¡Qué condicion de vinagre
tienes! ¡Me ves apurada,
y en tan apretado trance
ni te dueles de mi suerte!

JUANA.

¡Dolerme de quien no sabe
chistar cuando llega el caso,
y habla despues de matarse,
y dice mil tonterías!

D.ª PEPITA.

Si tengo miedo á mi padre.

JUANA.

El amor quiere entereza.

D.ª PEPITA.

¿Pues qué, no soy yo constante?

¿No toca á Cárlos hacer
que padre con él me case?

JUANA.

¿Y si su padre de usted
es un terco sin alcances,
que se mete en la cabeza
que usted ha de desposarse
con D. Fidel, y no cumple
lo que prometió á su amante,
qué culpa tiene D. Cárlos?

D.ª PEPITA.

¿Como quieres que declare
que D. Fidel me repugna,
sin respetar á mi padre,
y olvide el pudor del sexo,
para que las gentes hablen,
y de niña antojadiza
y desenvuelta me traten?

JUANA.

No quiero tal; no por cierto:
si usted pretende casarse
con D. Fidel ¿quien lo estorba?
Fuera mucho disparate.
Es un sugeto de prendas
Don Fidel, y muy amable.

¡Todo un D. Fidel! no es nada.!
¡Un personaje tan grave!
Reciba usted, señorita,
mi parabien del enlace.
¡Cuanto lo celebrarémos
todos! y hemos de llevarle
en palmas; ¡si es mucho cuento.!
Buen mozo, de ilustre sangre,
la cútis muy reluciente,
orejas como un tomate.
¡Qué dicha la de vivir
con marido tan amable!

D.ª PEPITA.

¡Dios mio!

JUANA.

¡Con qué alegría
oirá usted, que la llamen
la Fidela! ¿no es verdad?

D.ª PEPITA.

Por Dios, Juana, no me mates
con tus razones, y dime
de qué modo he de zafarme
de este odioso casamiento,
que haré cuanto tú me mandes.

JUANA.

No, señorita; que es justo

que las hijas á sus padres
obedezcan, aunque quieran
que con un ximio se casen.
¿Y de qué se queja usted?
En breve irá usted muy grave
con su esposo á Ciempozuelos,
que es su pueblo; y el alcalde
vendrá á recibir á ustedes;
en pos de éllos principales
personajes del lugar:
el escribano, el sochantre,
el dómine y el barbero
darán á ustedes un baile,
donde estarán las señoras
con vuelos angelicales.
Habrá hipocrás, limonada
y barquillos, sin que falte
tamboril, gaita gallega,
y barberillo que cante
las seguidillas boleras.
¡Con qué salero y donaire!

D.ª PEPITA.

Tú quieres que yo me muera;
por Dios te pido me saques
de este ahogo.

JUANA.

Y en poca agua.

D.ª PEPITA.

Juana, por Dios.

JUANA.

¡Que me place!
Con eso aprenderá usted
á dejar de ser cobarde.

D.ª PEPITA.

¡Juana de mi corazon!

JUANA.

Que no.

D.ª PEPITA.

Si mis ruegos valen
algo contigo....

JUANA.

Está echado
el fallo, y ha de casarse
usted con D. Fidel.

D.ª PEPITA.

Juana,
mira como lloro, dame
consejo.

JUANA.

¿Pues la Fidela
no es nombre muy apreciable?

D.ª PEPITA.

En fin, pues mi triste suerte
no ha conseguido ablandarte,
yo se un remedio infalible
para salir de mis males,
y mi desesperacion
muy breve sabrá tomarle.
(Doña Pepita se quiere ir, y Juana la detiene.)

JUANA.

Venga aquí usted, señorita.
Fuerza será me apiade,
y qué me duela su pena.

D.ª PEPITA.

Mira, Juana, si adelante
pasa mi padre en su empeño,
el pesar ha de acabarme.

JUANA.

Con maña se encuentra al cabo
remedio á todos los males;
ya le buscarémos... Pero
ahí tiene usted á su amante.

ESCENA IV.

DON CARLOS, DOÑA PEPITA Y JUANA.

D. CARLOS.

Señorita, una noticia
me dan ahora en la calle,
que es ciertamente plausible.

D.ª PEPITA.

¿Y cual?

D. CARLOS.

Que va á desposarse
Don Fidel con usted.

D.ª PEPITA.

Eso
lo ha dispuesto así mi padre.

D. CARLOS.

¡Su padre de usted!

D.ª PEPITA.

No quiere
ya que con usted me case,
y me propone esta boda.

D. CARLOS.

¿De veras?

D.ª PEPITA.

Y tanto, que hace
para que yo venga en ello
esfuerzos muy eficaces.

D. CARLOS.

¿Y qué piensa usted hacer?

D.ª PEPITA.

¡Qué sé yo!

D. CARLOS.

Pues muy buen lance
hemos echado á fe mia.
¿Con qué usted aun no lo sabe?

D.ª PEPITA.

No.

D. CARLOS.

¿No?

D.ª PEPITA.

Deme usted consejo.

D. CARLOS.

Mi consejo es que se case

usted con ese hombre al punto.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted?

D. CARLOS.

¿Qué duda cabe?

D.ª PEPITA.

¿De veras?

D. CARLOS.

¿Quien lo pregunta?
¿Pues donde pudiera hallarse
esposo con tantas prendas?

D.ª PEPITA.

Si usted aprueba este enlace,
yo tambien.

D. CARLOS.

Ya me parece
que lo aprobaba usted antes.

D.ª PEPITA.

Celebro infinito, Cárlos,
que sea usted de ese dictámen.

D. CARLOS.

Si señora; porque veo

que le es á usted agradable.

D.ª PEPITA.

Pues yo por dar á usted gusto
pienso seguirle al instante

JUANA.

(Retirándose al fondo del teatro.)
Veamos en lo que para.

D. CARLOS.

¡Que así una falsa me engañe!
¡que así me fingiera amor!

D.ª PEPITA.

Hablar mas de eso es en balde;
usted me ha dicho que debo
con D. Fidel desposarme,
y yo sigo sus consejos,
y le declaro que á darle
la mano al otro estoy pronta.

D. CARLOS.

Señorita, no se canse
usted en dar por disculpa
que yo lo aconsejo; acabe
de confesar que estas bodas
le petan.

D.ª PEPITA.

Si así le place
á usted, lo confesaré.

D. CARLOS.

Y que su pecho inconstante
jamás me quiso de veras.

D.ª PEPITA.

Aquello que mas le agrade
puede usted pensar.

D. CARLOS.

Sí, sí;
mas de un agravio tan grande
yo me vengaré, y acaso
por no sufrir tal desaire,
á otra le daré mi mano,
que sé que no ha de faltarme
quien me quiera dar consuelo.

D.ª PEPITA.

¿En eso que duda cabe?
¡el mérito que le adorna
á usted es tan relevante!...

D. CARLOS.

Bien sé que valgo muy poco;

mas dejemos eso aparte.
Bien claro lo prueba usted,
pero sin hacer alarde
de mis prendas, puede ser
que halle muger mas constante
que á mi obsequio corresponda.

D.ª PEPITA.

Y de mí, como mudable,
se olvidará usted muy breve.

D. CARLOS.

O procuraré olvidarme
á lo menos; quien desecha
amor tan fino y constante
merece que su desden
con mayor desden se pague.
Si no es posible borrar
en el corazon su imágen,
fuera á lo menos vileza
seguir mostrándose amante
de quien así corresponde.

D.ª PEPITA.

Me parece muy loable
resolucion tan heróica.

D. CARLOS.

Y todos han de alabarme.
¿O quisiera usted acaso

que con ánimo cobarde
la viera pasar á brazos
agenos, y yo constante,
adorando sus desprecios,
no pensara en consolarme
con dama menos ingrata?

D.ª PEPITA.

¿Yo he dicho tal disparate?
Lo único que á mí me pesa
es que no esté hecho.

D. CARLOS.

Al instante
lo haré, si usted me lo manda.

D.ª PEPITA.

Vaya usted; por mí ya es tarde.

D. CARLOS.

Voyme, ingrata, que ya es mucha
paciencia á tanto desaire.
(Da un paso hácia la puerta.)

D.ª PEPITA.

Bien está.

D. CARLOS. *(Volviéndose atrás.)*

Acuérdese usted

de los agravios y ultrajes
con que me forzó á dejarla.

D.ª PEPITA.

Ya.

D. CARLOS. *(Volviéndose otra vez atrás.)*

Ejemplo de ser mudable
me dió usted.

D.ª PEPITA.

Sí; yo le he dado.

D. CARLOS. *(A la puerta.)*

Será usted servida; baste.

D.ª PEPITA.

Eso quiero yo.

D. CARLOS. *(Volviéndose atrás otra vez.)*

En mi vida
no he de volver á acordarme
da usted, ni á verla.

D.ª PEPITA.

Bien hecho.

D. CARLOS. *(Volviendo la cara cuando va á salir.)*

¿He?

D.ª PEPITA.

¿Qué?

D. CARLOS.

Puede que me engañe.
¿Llamaba usted?

D.ª PEPITA.

¡Yo! usted sueña.

D. CARLOS.

Salgo al fin de estos umbrales
para siempre, á Dios. (*Se va muy despacio.*)

D.ª PEPITA.

Abur.

JUANA. (*A Doña Pepita.*)

Parece escena de orates.
¿Pierden ustedes el seso?
Nunca ví dos locos tales.
Yo los dejaba por ver
en que pararia el lance.
Oiga usted, caballerito.
(*Coge á Don Cárlos por un brazo.*)

D. CARLOS. (*Haciendo que se resiste.*)

Haz el favor de soltarme.

JUANA.

Venga usted aquí.

D. CARLOS.

No, no;
bien has visto sus desaires.
Estoy resuelto á dejarla.

JUANA.

Poco á poco.

D. CARLOS.

No te canses,
que no he de verla jamás.

JUANA.

¡Por vida!.....

D.ª PEPITA.

No quiere hablarme:
yo me iré.

JUANA.

(Dejando á D. Cárlos y corriendo tras de Doña Pepita.)

¿Donde va usted?
Esta es otra.

D.ª PEPITA.

Suelta.

JUANA.

Dale.

D.ª PEPITA.

No pienses en detenerme.

D. CARLOS.

Ya veo yo que es en balde *(Aparte.)*
estarme aquí, que mi vista
la incomoda, y evitarle
quiero con irme su pena.

JUANA.

(Dejando á Doña Pepita y corriendo tras de Don Cárlos.)
Ya escampa: es cosa del diantre.
¡Otra vez! ¿Quieren ustedes
venir aquí? ¡Voto á sanes! *(Coge á Don Cárlos y á Doña Pepita y los trae por la mano.)*

D. CARLOS. *(A Juana.)*

¿Qué intentas?

D.ª PEPITA. *(A Juana.)*

¿Qué es lo que quieres?

JUANA.

Lo primero hacer las paces,

y despues encontrar medio
para salir de este trance.
¿Está usted en su juicio? *(A D. Cárlos.)*

D. CARLOS.

¿Pues no has visto sus desaires?

JUANA. *(A Doña Pepita.)*

¿Si usted no ha perdido el seso,
á que ha venido enfadarse?

D.ª PEPITA.

¿No has visto con que insolencia
me ha tratado?

JUANA.

Necedades
de entrambos.... Ella no quiere,
(A D. Cárlos.)
ni nunca querrá otro amante.
Yo lo juro en mi conciencia....
D. Cárlos no obsequia á nadie
(A Doña Pepita.)
sino á su Pepita, á nada
tanto anhela, como á darle
la mano; yo así lo fio.

Dª. PEPITA. *(A Juana.)*

¿A que viene aconsejarme

que me despose con otro?

D. CARLOS. *(A Juana.)*

¿Y en un caso semejante,
porqué ella me lo pregunta?

JUANA.

Locura por ambas partes.
Vaya; dense ambos las manos.
Traiga usted, sin replicarme.
(A D. Cárlos.)

D. CARLOS. *(Alargando la mano á Juana.)*

¿Para qué quieres mi mano?

JUANA. *(A Doña Pepita.)*

La de usted.

D.ª PEPITA. *(Alargando tambien la suya.)*

Si eso no vale
nada.

JUANA.

Vamos aquí entrambos:
si todavía no saben
ustedes cuanto se quieren.

(Doña Pepita y D. Càrlos están un poco de tiempo agarrados de las manos, sin mirarse uno á otro.

D. CARLOS. *(Volviéndose á Doña Pepita.)*

¿Qué, no quiere usted mirarme?
¿Aun no se acabó el enfado?
(Doña Pepita se vuelve à mirar á D. Cárlos sonriéndose.)

JUANA.

¡Qué locos son los amantes!

D. CARLOS. *(A Doña Pepita.)*

¿Pero no tengo motivos,
diga usted, para quejarme
amargamente? ¡Que sea
usted tan mala! ¡Un desaire
tan cruel!

Dª. PEPITA.

Eso es; yo soy
la culpada en este lance.
¡Ingrato!

JUANA.

Para otro tiempo
dejemos esos debates,
y tratemos de evitar
este aborrecido enlace.

D.ª PEPITA.

Dinos lo que hemos de hacer.

JUANA.

No hay para que atosigarse,
remedio habrá para todo.
Mi amo no sabe lo que hace;
no puede ser lo que intenta.
Usted haga por llevarle *(A Doña Pepita.)*
la corriente, aparentando
que está prouta á desposarse
con su D. Fidel, porque
de ese modo no se escame,
y acelere el matrimonio;
que como este se dilate,
ya encontrarémos salida.
Ya dice usted á su padre
que se le anda la cabeza,
que la jaqueca le parte
las sienes; luego otro dia
hace porque se derrame
la sal en la mesa, y grita:
¡Qué agüero tan deplorable!
Ora sueña que en un pozo
de colodrillo se cae.
Por fin, lo mejor del cuento
es que para desposarse
ha de decir usted: *si*,
y como puede en el lance
decir: *no*, sin mas trabajo,

no hay á fe por que asustarse.
Lo que importa es que no vean
juntos á los dos amantes
por ahora.... Salga usted, *(A D. Cárlos.)*
señor galan, al instante,
y vea á todos sus amigos,
que de sus promesas hablen
á mi amo, y que le convenzan
con razones eficaces.
Usted, señorita, al punto,
(A Doña Pepita.)
procure al tio empeñarle,
y tambien á su madrastra,
que la quiere como madre.

D. CARLOS. *(A Doña Pepita.)*

Mas del amor de usted fio,
mi Pepita, que de nadie.

D.ª PEPITA. *(A D. Cárlos.)*

Yo no sé cual ha de ser
la voluntad de mi padre;
mas á escoger otro dueño
sé que no podrá forzarme.

D. CARLOS.

¡Qué dulce es esa promesa
á mi corazon amante!

JUANA.

No se hartarán de charlar,
aunque estén eternidades.
Fuera, digo.

D. CARLOS. *(Volviéndose atrás.)*

En fin....

JUANA.

¿Habrá
palique toda la tarde?
(Juana los empuja por las espaldas, á cada uno por distinta parte, y los fuerza á que se separen.)
Vaya usted por esa puerta,
y usted por estotra parte.



ACTO III.

ESCENA I.

DON ALEJANDRO y JUANA.

D. ALEJANDRO.

Pártame un rayo del cielo,
pase yo plaza de indigno,
de soez y de cobarde,
si no hiciere un desatino
con ese infame echacantos.

JUANA.

Conténgase usted por Cristo;
hasta aquí cuanto tememos
aun no ha pasado del dicho,
y para llegar al hecho
mucho falta....

D. ALEJANDRO.

¡Vil mendigo!
No tengas recelo, Juana,
yo le cortaré los brios.

JUANA.

Gaste usted, por Dios, cachaza;

que nunca por ser tan vivo
le queda títere á vida:
ya sabe usted el ahinco
con que su madrastra anhela,
á casar á Don Carlitos
con Pepita, y que los ama
mas que si fueran sus hijos
á ustedes, que aunque muchacha
y hermosa, tiene juicio.
Don Fidel se muestra siempre
con mi señora muy fino,
y hace cuanto ella le manda;
yo sospecho, señorito,
que está enamorado de ella,
que fuera lance muy digno
de contar: ello es que intenta
rogarle que del designio
de dar la mano á Pepita
se desista, y que me ha dicho
que le cite en esta sala;
yo me temo que el maldito
salga con una pamema.
Todavía no he podido
verle, que dice el criado
que con pecho muy contrito
está en oracion mental,
é interrumpir ejercicio
tan santo fuera una accion

propia de Lucifer mismo.
Yo he dicho que le esperaba
aquí; con que, señorito,
marcharse y dejarme sola.

D. ALEJANDRO.

No me muevo de este sitio;
que he de oir lo que responde.

JUANA.

Vamos, no sea usted niño,
que conviene que estén solos.

D. ALEJANDRO.

No chistaré.

JUANA.

Si es delirio,
y no puede contenerse
usted; sálgase, le digo.

D. ALEJANDRO.

Ya verás que no me enfado.

JUANA.

¡Jesus, que ya viene! Vivo;
escóndase usted ahí.

(D. Alejandro se va á esconder á un gabinete, que hay en el fondo del teatro.)

ESCENA II.

DON FIDEL y JUANA.

D. FIDEL.

(Hablando en voz alta á su criado que está dentro así que ve á Juana.)

Lorenzo, guarda el cilicio
con las disciplinas, si álguien
me busca, voy ahora mismo
á visitar á los presos,
y dar á estos pobrecitos
lo que á mí me han entregado
devotos caritativos.

JUANA. *(Aparte.)*

Baladron de santidad.

D. FIDEL.

Segun Lorenzo me dijo
me llamaba usted: ¿qué quiere?

JUANA.

Solo decirle....

D. FIDEL.

(Sacando un pañuelo del bolsillo y tirándosele.)

¡Dios mio!

Coja usted este pañuelo
antes de hablar mas.

JUANA.

No atino
para qué.

D. FIDEL.

Cubra ese pecho.
¡Jesus! yo me escandalizo
de verla tan inmodesta.
Ese traje ya le he dicho
que es ocasion de pecado.

JUANA.

Pues, por Jesucristo vivo,
que poco trabajo cuesta
al espíritu maligno
para hacer á usted pecar.
No es mala ocurrencia; y digo,
aunque esté usted como estaba
Adan en el paraiso,
quiero, si me tienta el diablo,
caerme muerta aquí mismo.

D. FIDEL.

Hable usted con mas modestia,
ó me iré.

JUANA.

No, que yo digo
mi recado en dos palabras:
mi ama quiere en este sitio
hablar con usted un rato.

D. FIDEL.

¡Ay, con el alma!

JUANA.

Está visto. (*Aparte.*)
Ciertos son los toros; vamos.

D. FIDEL.

¿Viene luego?

JUANA.

Ahora mismo.
Mas ya está aquí; yo me voy.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA y DON FIDEL.

D. FIDEL.

Señora, el cielo propicio
salud espiritual

y corporal, como pido
á Dios en mis oraciones,
aunque pecador indigno,
á usted dé y de bienes colme
tan preciosa vida.

D.ª ELVIRA.

Estimo
los buenos deseos de usted,
que me prueban su cariño.
Sentémonos y estarémos
mejor.

D. FIDEL. (*Sentado.*)

¿Quedan aun vestigios
del mal de usted?

D.ª ELVIRA. (*Sentada.*)

No señor.
Como si no hubiera sido
nada estoy.

D. FIDEL.

Mis oraciones
sin duda nada han podido
con Dios, pero en todas ellas
le pedia con ahinco
el alivio de usted.

D.ª ELVIRA.

Debo
á usted afecto muy fino.

D. FIDEL.

Una salud tan preciosa
merece ser de continuo
el blanco de mis cuidados;
y yo por su pronto alivio
hubiera dado la mia.

D.ª ELVIRA.

Cierto, usted es un prodigio
de la caridad cristiana.

D. FIDEL.

Si con los méritos mido
mi zelo, me quedo corto.

D.ª ELVIRA.

Yo he venido con designio
de hablar á usted de un asunto
á solas.

D. FIDEL.

Mucho ha que aspiro
á esa dicha yo tambien.
¡Oh cuanto al cielo he pedido

que me deparara el caso
de ver á usted sin testigos,
y hasta aquí no lo he logrado!

D.ª ELVIRA.

Lo que yo de usted exijo
es que me hable sin rebozo.

(Don Alejandro, sin salir, entreabre la puerta del retrete en que está escondido, para oir lo que dicen.)

D. FIDEL.

Y yo á nada tanto aspiro
como á descubrir á usted
todo entero el pecho mio,
y asegurarle no crea
que, si enojado me ha visto
gritar contra sus visitas,
me guia ningun motivo
de odio, que antes es efecto
del mas sincero cariño,
del fervor mas acendrado.

D.ª ELVIRA.

Tambien yo así lo imagino;
zelo de mi salvacion.

D. FIDEL.

(Cogiendo la mano á Doña Elvira y apretándole los dedos.)

Sí señora, y tan activo....

D.ª ELVIRA.

Suelte usted, que me lastima.

D. FIDEL.

Fué por fervor escesivo,
que no es mi ánimo hacer mal
á usted, y hubiera querido
mas antes....
(Pone la mano en las rodillas de Doña Elvira.)

D.ª ELVIRA.

Fuera la mano.

D. FIDEL.

¡Qué tejido este tan fino!

D.ª ELVIRA.

Déjeme usted, porque tengo
muchas cosquillas.
(Doña Elvira desvia la silla, y Don Fidel acerca la suya.)

D. FIDEL.

(Andando con el pañuelo de Doña Elvira.)
¡Muy lindo
punto! ¡Si trabajan hoy
de un modo tan esquisito!

D.ª ELVIRA.

Verdad es; pero tratemos
de nuestro asunto: Simplicio
quiere casar á Pepita
con usted, segun me han dicho,
y faltar á su palabra....
¿Es cierto?

D. FIDEL.

Sí; algo me dijo
ayer Don Simplicio, pero
la ventura á que yo aspiro
no es esa, que en otra parte
respiran los atractivos
de la celestial belleza,
de quien soy el siervo indigno.

D.ª ELVIRA.

Bien sé que usted solo anhela
á servir á Dios.

D. FIDEL.

No abrigo
un corazon en mi pecho,
señora, de mármol frio.

D.ª ELVIRA.

Ya; pero está de las cosas

de este mundo desprendido.

D. FIDEL.

No, señora; los afectos
mas fervorosos y pios
no apagan los terrenales;
que agrada á Dios ser querido
y alabado en las hechuras
perfectas que su mano hizo,
como las que se parecen
á usted; pero su divino
pincel luce en ese rostro,
donde Dios ostentar quiso
todo su poder, formando
el dechado mas cumplido
de celestial hermosura;
y confieso que no he visto
tanta perfeccion sin dar
gracias al Autor divino
de la belleza, y sentir
en mi pecho el fuego activo
de amor, que en ese semblante,
Elvira, un trasunto miro,
de la angélica hermosura.
Yo me recelé al principio
que era mi amor tentacion
del espíritu maligno,
y de huir de la presencia

de usted propósito fijo
en mi corazon formé;
mas meditándolo, he visto
que sin caer en pecado
puedo amar ese divino
conjunto de perfecciones,
que no puede haber delito
donde el escándalo falta:
en esto, señora, fio
sea de mi corazon
á usted grato el sacrificio:
bien sé que es mucha osadía
que sugeto tan indigno
presuma hacer tal ofrenda;
pero no obstante, confio
que, aunque mis merecimientos
á la corona que aspiro
no puedan ser acreedores,
suplirá usted con benigno
pecho lo mucho que falta
á su siervo, que el destino
suyo en manos de usted deja.
De su soberano arbitrio
pende mi infierno ó mi gloria,
segun severo ó propicio
el fallo fuere que aguardo.

D.ª ELVIRA.

Confieso que me ha cogido
de nuevas ese discurso:
él es cierto que es muy fino,
pero me parece estraño,
y en verdad que no concibo
que un devoto como usted
en tal yerro haya incurrido.
¿Qué dirá el mundo si entiende
semejante desvarío?

D. FIDEL.

Aunque devoto, soy hombre,
y como tal no resisto
á esa celestial belleza,
ni pienso, ni raciocino,
cuando extático contemplo
tanta beldad. No me admiro
que condene usted mi amor;
mas si cometo un delito,
obro, hermosísima Elvira,
sin libertad ni albedrío,
porque todo le rendí
así que ví tanto hechizo,
y la dulzura inefable
de esos ojos peregrinos
dió con mi flaqueza en tierra:

llantos, ayunos, cilicios,
todo fué en balde; mil veces
mis miradas, mis suspiros,
antes ya han dicho, señora,
lo que con la boca digo
en esta ocasion; si usted
quiere con pecho benigno
dar á las tribulaciones
de su indigno esclavo alivio,
y abajar hasta mi nada
sus gracias desde el empíreo
de su divina hermosura,
juro que no habrá tenido
mas fervoroso devoto.
La honra no corre peligro
conmigo, ni hay que temer
que yo quebrante el sigilo,
como hacen mil pisaverdes,
que apenas han conseguido
los favores de una dama,
cuando vuelan á decirlo
á todos cuantos encuentran,
profanando los impíos
torpemente aquellas aras
donde ofrecen sacrificios.
Los devotos, como yo,
con mas cautela vivimos,
y los secretos de amor

jamás á nadie decimos,
porque nuestra buena fama
en que no sean sabidos
estriva; y así, señora,
quien á nuestro afecto fino
corresponde está segura
de hallar gustos sin peligros,
y sin escándalo amor.

D.ª ELVIRA.

Todo eso está muy bien dicho,
habla usted con elocuencia;
pero si yo se lo digo
á mi marido ¿no teme
que se le entibie el cariño
de hermano que le profesa?

D. FIDEL.

Yo sé que el pecho benigno
de usted sabrá perdonar
discursos que, aunque atrevidos,
son hijos del ciego amor
que en mi corazon abrigo.
No soy ángel, y hombre flaco,
cuando esa belleza miro
conozco que soy de carne.

D.ª ELVIRA.

Otras metieran ruido,

yo no pienso así; mi esposo
no sabrá lo que se ha dicho
aquí; pero en pago de ello
de usted una cosa exijo,
y es que se empeñe con fuerza
para que una mi marido
á Pepita con Don Cárlos,
y no ejerza usted dominio
en prenda que ya es agena.

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. ALEJANDRO.

(Saliendo del retrete donde estaba escondido.)

No, señora, he de decirlo
todo; desde ese retrete,
adonde estaba escondido,
he escuchado las infamias,
las traiciones de ese inicuo.
El cielo para vengarme
que aquí me escondiera quiso,
y para que sus maldades
tuviesen justo castigo.
En fin, mi padre sabrá
quien es ese vil indigno

que se atreve á requebrar
á su muger.

D.ª ELVIRA.

No, querido;
basta con que tenga cuenta
en adelante consigo,
y merezca su perdon;
por mi amor te lo suplico,
no digas nada á tu padre:
de tan necios desvaríos
hace burla una muger,
y no lleva á su marido
cuentecillos de esta especie.

D. ALEJANDRO.

Usted tiene sus principios,
y yo los mios; no quiero
que se queden sin castigo
de este hipocriton infame
los pensamientos lascivos.
Harto tiempo ha que el perverso
nos tiene á todos en vilo,
y que obedece mi padre
sus antojos y caprichos,
que se opone á que mi hermana
se despose con mi amigo,
y yo con la suya; en fin,

el cielo sin duda quiso
depararme esta ocasion
de descubrir los designios
de su corazon dañado;
y pues el cielo propicio
me la ofrece, mal haria
en desperdiciarla.

D.ª ELVIRA.

Digo,
Alejandro, que....

D. ALEJANDRO.

Es en balde;
de alegría no respiro.
Gustaré de la venganza
el placer tan esquisito.
A decírselo á mi padre
vuelo en este instante mismo:
pero aquí viene; el bribon
va á llevar su merecido.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. ALEJANDRO.

Me alegro que llegue usted

tan á tiempo; su cariño,
cierto, se le paga bien
el señor: de fiel amigo
cumple las obligaciones
como quien es; aquí mismo
ha intentado deshonrar
á usted; yo propio testigo
he sido de los requiebros
que á mi madrastra le ha dicho,
declarándole su amor.
Ella habia prometido
callar, como es tan prudente;
pero yo, que soy mas vivo,
quiero que usted sepa el pago
de todos los beneficios
que está haciendo á su beato.

D.ª ELVIRA.

Cierto es que no hubiera dicho
este secreto á mi esposo:
si tú me hubieras creido,
Alejandro, nunca habria
llegado hasta sus oidos
tan desagradable escena;
muger que tiene principios
de honra calla y se defiende.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO, D. ALEJANDRO y D. FIDEL.

D. SIMPLICIO.

¿Un proceder tan inicuo
es creible? ¡Cielo santo!

D. FIDEL.

Sí, hermano, soy un indigno
pecador, todo abrumado
de iniquidad y de vicios,
soy el hombre mas perverso,
mas villano de este siglo:
mi vida es una sentina
de maldades y delitos,
y al fin quiere darme el cielo
el merecido castigo,
y por mas grave que sea
esta acusacion, es fijo
que no iguala á los pecados
que yo tengo cometidos.
Crea usted lo que le dicen,
hermano, como un indigno
arrójeme de su casa;
sin quejarme me resigno

á cuantos baldones quiera,
que mas tengo merecido.

D. SIMPLICIO. *(A su hijo.)*

Pícaro; ¡y con tus mentiras
querias de este bendito
manchar la reputacion!

D. ALEJANDRO.

¿Qué, quiere usted desmentirnos
porque con falsa humildad?....

D. SIMPLICIO.

Calla, Lucifer maldito.

D. FIDEL.

Déjele usted que hable, hermano,
y crea cuanto le ha dicho;
¿pues por qué á cuanto me imputa
no quiere usted dar oidos?
¿No soy yo acaso capaz
de mas atroces delitos?
Mi exterior es el de un santo;
¿pero todo cuanto digo
no puede ser fingimiento?
No le engañen, hermanito,
las mentidas apariencias;
todos viven persuadidos

á que yo soy un dechado
de virtudes, un bendito;
pluguiera á Dios fuese cierto:
soy un pecador iniquo.
(Hablando con Don Alejandro.)
Mejor me conoce usted:
tráteme usted, hijo mio,
de infame, aleve, villano,
de impostor y de asesino,
bien merezco estos baldones,
y en nada los contradigo;
de rodillas los escucho,
como castigo debido
á mis enormes pecados.

D. SIMPLICIO. *(A Don Fidel.)*

Por Dios, basta, hermano mio.
¡Pícaro, y no te arrepientes! *(A su hijo.)*

D. ALEJANDRO.

¿Pues á usted le han seducido?....

D. SIMPLICIO.

Calla, lengua del demonio....
Hermano, mi único amigo, *(A Don Fidel.)*
levántese usted.... ¡Infame!

D. ALEJANDRO.

¿Como?...

D. SIMPLICIO.

Que calles te he dicho.

D. ALEJANDRO.

No puedo aguantar. ¿Qué; usted?....

D. SIMPLICIO.

Si me chistas, voto á Cristo,
te rompa brazos y piernas.

D. FIDEL.

Hermano, por Dios lo pido,
no se altere usted: primero
sufriré el mayor castigo
que consentir que le toque.

D. SIMPLICIO. (*A su hijo.*)

¡Ingrato!

D. FIDEL.

Se lo suplico,
si es menester, de rodillas;
Perdone, por Dios, á su hijo.

D. SIMPLICIO.

(*Poniéndose tambien de rodillas y abrazando á Don Fidel.*)

¡Ay, cuanta bondad, hermano!..

¿Lo ves, lo ves? dí, maldito. (*A su hijo.*)

D. ALEJANDRO.

¿Con qué?....

D. SIMPLICIO.

Silencio.

D. ALEJANDRO.

¿Qué?...

D. SIMPLICIO.

Calla;

¿piensas que no sé el motivo
de tus enredos? Bien veo
que todos á este bendito
tienen aborrecimiento
en casa: criados, hijos
y muger; y andan fraguando
mil embustes mal zurcidos,
para que yo le despida;
no lo lograréis, os digo;
cuanto mas os empeñais
en echarle, mas me obstino
yo en que se esté en casa; á fin
que no os quede mas arbitrio
y que rabie mi familia,
quiero que este dia mismo

Pepita le dé su mano.

D. ALEJANDRO.

¡ Forzarla á que por marido
le admita!

D. SIMPLICIO.

¡Pues no, bribon!
Y esta noche, lo repito,
se ha de hacer el matrimonio.
Ya verémos si os obligo
á que me obedezcais todos.
Vamos , ven aquí, mal hijo,
pide perdon al señor
de los embustes que has dicho.

D. ALEJANDRO.

¡ A ese infame mojigato!
¿ Está usted en su juicio?

D. SIMPLICIO.

¡ Aun le dices picardías!
Un palo.... Por Jesucristo (*A Don Fidel.*)
déjeme usted que le mate....
Vete de mi casa, digo, (*A su hijo.*)
y no me entres mas en ella.

D. ALEJANDRO.

Voyme; pero yo le fio

al ladron....

D. SIMPLICIO.

Salte al instante,
bribonazo; yo te privo
de mi vista y de mi herencia,
y amen de eso te maldigo.

ESCENA VII.

DON SIMPLICIO, y D. FIDEL.

D. SIMPLICIO.

¡A un santo agraviarle así!

D. FIDEL.

Perdonadle vos, Dios mio,
como yo le he perdonado...
(A Don Simplicio)
No sabe usted lo afligido
que estoy de que me calumnien
con mi querido hermanito.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios!

D. FIDEL.

De pensarlo solo
siento en mí un dolor tan vivo,

que se me salta del pecho
el corazon. ¡Qué suplicio!
La pesadumbre me quita
el aliento y el sentido.
Me muero, hermano, me muero.

D. SIMPLICIO.

(Echa á correr llorando hácia la puerta por donde ha echado á su hijo.)

Por el santo mas bendito
te juro, bribon, que siento
haberte dejado vivo...
Consuélese usted, hermano;
(A Don Fidel.)
y no se altere.

D. FIDEL.

Está visto;
es necesario acabar
de una vez con los continuos
disturbios que en la familia
causo; y por tanto le pido
á usted, hermano, permita
que me vaya.

D. SIMPLICIO.

¡Qué delirio!
¡Irse usted!

D. FIDEL.

Si me aborrecen,
y me achacan mil delitos...

D. SIMPLICIO.

¿ Les doy yo crédito acaso ?

D. FIDEL.

Me supondrán mil designios
perversos, y sabe Dios
si á fuerza de repetirlos
lograrán que usted los crea.

D. SIMPLICIO.

Nunca, nunca, hermano mio.

D. FIDEL.

Una muger tiene tanta
influencia en su marido,
que al fin hace cuanto quiere.

D. SIMPLICIO.

No, no.

D. FIDEL.

Con irme les quito
la ocasion de calumniarme.

D. SIMPLICIO.

Mi hermano, mi dulce amigo,
no puedo vivir ni un punto
sin usted.

D. FIDEL.

Pues si es preciso
yo me mortificaré;
no obstante, hermano, suplico,
si puede ser.

D. SIMPLICIO.

¡Ah!

D. FIDEL.

No se hable
mas del caso: lo que exijo
es que me permita usted
huir de su esposa; sí, amigo,
la honra es cosa delicada:
¡el mundo forma juicios
tan errados!....

D. SIMPLICIO.

No señor,
es solemne desatino,
quiero que esté usted con ella

siempre; el mayor gusto mio
es que rabie, que murmure
la gente; porque no estimo
ni un ardite el *qué dirán*,
tratándose de un amigo
como usted; y en prueba de ello
mi sucesion determino
dejarle, haciéndole entera
donacion ahora mismo
de mis bienes, que tal yerno
vale mas que muger, hijos
y parientes; ¿no la acepta
usted, hermano querido?

D. FIDEL.

Dios mio, tu voluntad
cúmplase en tu siervo indigno.

D. SIMPLICIO.

Pues á otorgar la escritura
sin dilacion, hermanito;
y mas que luego la envidia
aseste todos sus tiros.

ACTO IV.

ESCENA I.

D. PABLO y D. FIDEL.

D. PABLO.

Todo el mundo lo murmura,
sí; bien puede usted creerme;
todos dicen que su padre
anduvo muy imprudente,
y culpan á usted tambien;
y á fe que celebro haberle
encontrado, por decirle
á usted en razones breves
mi sentir. Yo no averiguo
si lo que dice la gente
es la verdad, y supongo,
contra lo que todos creen,
que mi sobrino mintió,
y que usted está inocente.
Usted, que es tan buen cristiano,
perdonar su agravio debe,
y no consentir que un padre
al hijo de su casa eche:
es general el escándalo,

y le digo francamente
á usted que reconciliarle
con su padre le conviene,
y que el asunto no pase
adelante. Dios no quiere
la muerte del pecador;
quien no perdona le ofende.

D. FIDEL.

¡Ay, Señor! yo le perdono
mi agravio, sin que me quede
ningun rencor en el pecho;
si puedo servirle, cuente
con cuanto yo tengo y valgo,
en lo que favorecerle
sin pecar sea posible;
mas si él á esta casa vuelve,
es necesario que yo
sin mas dilacion la deje.
Despues de su infame accion,
¿qué no dirian las gentes,
y qué escándalo seria
si junto con él viviese?
Pensarian, con razon,
que de un hecho tan aleve
soy culpado, y que temiendo
que consiga convencerme
Don Alejandro, he tomado

la resolucion prudente
de olvidar todo, fingiendo
que la caridad me mueve,
porque él oculte mis yerros.

D. PABLO.

Son razones aparentes,
que no pueden persuadirme:
deslindar los intereses
de Dios á usted no le toca;
si mi sobrino le ofende,
de Dios le vendrá el castigo,
que no quiere que le venguen
hombres flacos; que perdonen
sus injurias, eso quiere.
¿Y qué importa lo que diga
el mundo? nuestros deberes
Dios solo es quien los prescribe.
¿No mandan sus santas leyes
el perdon de los agravios?
¿Pues luego, á qué cuento viene,
cuando cumplimos con Dios,
lo que pensaren las gentes?

D. FIDEL.

Ya he dicho que le perdono,
sin que ningun rencor quede
en mi pecho, así de Dios

el precepto se obedece;
¿pero despues de la afrenta
que hoy mismo acaba de hacerme,
manda Dios que viva yo
con ese niño?

D. PABLO.

¿Y qué acepte
usted quiere Dios acaso
lo que no le pertenece?
Porque mi hermano es un tonto,
y le da lo que no tiene
facultades para dar,
¿usted admitirlo debe?

D. FIDEL.

Aquellos que me conozcan
sabrán que todos los bienes
del mundo no me hacen mella,
y que su brillo aparente
no deslumbra mis sentidos;
si mi ánimo se resuelve
á admitir la donacion
que mi hermano quiso hacerme,
es por evitar pecados
infalibles, si cayese
su herencia en manos perversas.
¡Cuantos, Dios mio, te ofenden

con el caudal que les das!
Yo me serviré de él siempre
para provecho del prójimo,
y honra del Omnipotente.

D. PABLO.

Pierda usted esos recelos,
que tanto en su pecho pueden,
que al legítimo heredero
lo que Dios le da pretende
quitarle, y de su caudal
que goce con paz le deje.
¿No vé usted que vale mas
que él malgaste sus haberes,
sin que usted quiera usurparle
lo que le han dado las leyes?
Ni sé como tal propuesta
pudo escucharla quien tiene
renombre de timorato.
¿Qué regla de piedad puede
legitimar la codicia
de quien sin pudor intente
privar de la sucesion
á un hijo? Y demos que hubiese
antipatía tan grande
entre los dos, que no fuere
posible que viva usted
con mi sobrino; ¿es prudente

que salga el hijo de casa,
y el estraño en ella quede?
Si usted quiere que le tengan
por justo, marcharse debe
al punto....

D. FIDEL.

Son ya las cuatro,
y no puedo detenerme,
porque no he rezado aun
el miserere, y es viérnes.
Perdone usted, si le dejo.

D. PABLO.

Ola.... ¡Hipocriton solemne!
(Quedándose solo.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO Y JUANA.

JUANA. *(A Don Pablo.)*

Hable usted en su favor;
la pobre está de tal suerte
que da lástima mirarla;
sin remedio se nos muere
si la violenta su padre,

como resuelto lo tiene,
á dar la mano al beato
esta noche: vea si puede
convencerle con razones.
Pero Don Simplicio viene.

ESCENA III.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO Y JUANA.

D. SIMPLICIO.

Señores, me alegro mucho
de hallarlos juntos á ustedes......
(A Doña Pepita.)
tú, para que te diviertas,
ahí tienes esos papeles;
ya sabes su contenido.

D.ª PEPITA.

(De rodillas á los pies de su padre.)
Por el Dios omnipotente
que ve mi tormento, padre,
y por todo cuanto puede
mover á usted á piedad,
le ruego que no se empeñe
en concluir estas bodas:
padre, señor, no me fuerce

usted á que de la vida
que le he debido deteste;
no exija usted obediencia
tan costosa, si no quiere
que su hija desventurada
siempre por morir anhele.
Si me veda usted que sea
de aquel que mi amor merece,
y que antes me prometió,
¡ay, padre! no me violente
dándome á quien aborrezco:
no á su hija así desespere,
pretendiendo que obedezca
á tan tiránicas leyes.
De rodillas se lo ruego.

D. SIMPLICIO.

(Conociendo que se va á enternecer.)

¡Corazon, tú te enterneces!
Fuera la flaqueza humana.

D.ª PEPITA.

Amado padre, no piense
usted que envidio los dones
que hace á Don Fidel, bien puede
darle todas sus riquezas,
y añadir á ellas mis bienes,
que con gusto se los cedo;

mas no quiera usted hacerle
dueño tambien de mí propia;
permítame que me encierre
en un convento, y consagre
al cielo con penitente
corazon mi amarga vida.

D. SIMPLICIO.

¿Qué tal? Como no las dejen
casarse con sus galanes,
dicen que quieren meterse
monjas. ¡Buena vocacion!
Levanta. Si te parece
repugnante este marido,
ese mas mérito adquieres,
que mortificas tu cuerpo,
y tu casamiento ofreces
en desquite de tus culpas
á Dios; vamos, no me quiebres
la cabeza con tus lloros.

JUANA.

¿Qué, señor?....

D. SIMPLICIO.

Tú has de meterte
en tu costura, y no mas.

D. PABLO.

Si á los consejos atiendes
de la razon....

D. SIMPLICIO.

Tus consejos,
hermano, son muy prudentes,
muy sabios, muy acertados;
pero aquí no se te quieren.

D.ª ELVIRA. *(Á D. Simplicio.)*

Viendo lo que está pasando
no sé como hablar acierte.
Es preciso que estés ciego,
pues lance tan evidente,
como el que pasó conmigo,
te empeñas en no creerle,
aunque te lo afirman todos.

D. SIMPLICIO.

Oh! no me engañan ustedes;
¿piensas tú que no adivino
el caso? Si tú andas siempre
por complacer á mi hijito,
y porque yo no riñese
con él, ya se ve, apoyaste
sus embolismos soeces
contra aquel siervo de Dios.

¡Para quien crea en mugeres!
Además de que no estabas
alterada, y en tan fuerte
lance te irritaras.

D.ª ELVIRA.

Yo,
porque un hombre me requiebre,
ni me solicite, nunca
me enojo; sé defenderme,
y sin decir insolencias
jamás nadie se me atreve.
Una risa, una ironía
al mas osado contiene
mejor que gritos y enfados.
No soy yo de las mugeres
que, como si fueran tigres,
esgrimen garras y dientes
en defensa de su honor,
y que embisten con la gente
si se oyen llamar bonitas:
no; y el cielo me preserve
de una virtud tan arisca.
Mi recato es de otra especie:
urbanidad, complacencia,
frialdad, y todos pierden
conmigo las esperanzas,
asi que me hablan tres veces.

D. SIMPLICIO.

Por fin yo sé la verdad.

D.ª ELVIRA.

¡Hay tal capricho! ¿Y si vieses
la cosa, qué me dirias?
¿Te estarias en tus trece?
Mira que no es imposible.

D. SIMPLICIO.

¿El verlo?..

D.ª ELVIRA.

¿Qué duda tiene?

D. SIMPLICIO.

Habladurías.

D.ª ELVIRA.

Apuesto
que, como en ello me empeñe,
lo ves con tus propios ojos.

D. SIMPLICIO.

Paparrucha.

D.ª ELVIRA.

Es cosa fuerte;

si no digo que nos creas;
pero, responde, ¿si en este
sitio te hacemos su infamia
tocar y ver claramente,
quedarás desengañado.

D. SIMPLICIO.

Entonces.... ¿Pero á que viene
decir cosas imposibles?

D.ª ELVIRA.

Ya ha mucho que me desmientes,
y sacarte de tu error
debo, para que no pienses
que yo he dado testimonio
falso contra el inocente.
Tú vas á ver la verdad.

D. SIMPLICIO.

¡Qué me place! Sea breve;
ya verémos como sales
del pantano en que te metes.

D.ª ELVIRA. *(A Juana.)*

Dile que venga.

JUANA. *(A Doña Elvira.)*

Es muy diestro;

y en las redes que le tienden
temo que no ha de caer.

D.ª ELVIRA. *(A Juana.)*

Sí, que la que bien se quiere
en los lazos que nos pone
con facilidad nos prende,
y mas cuando el amor propio
á lisonjearnos viene.
Haz que baje sin tardanza,
y váyanse al punto ustedes.
(A Don Pablo y Doña Pepita.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA y DON SIMPLICIO.

D.ª ELVIRA.

Tú debajo de esta mesa
ven al instante á meterte.

D. SIMPLICIO.

¿Yo?

D.ª ELVIRA.

Tú; y lo que mas importa
para el caso es esconderse
bien.

D. SIMPLICIO.

¡Debajo de la mesa!

D.ª ELVIRA.

¡Ay Dios mio! no te inquietes
en averiguar por qué:
éntrate, que así conviene,
y no has de meter ruido,
para que no se sospeche
Don Fidel que estás ahí.

D. SIMPLICIO.

Confesemos que no puede
darse mas condescendencia;
pero porque todos queden
por embusteros, me allano
á hacer cuanto me dijeres.

D.ª ELVIRA.

No nos lo echarás en cara.
(A Don Simplicio que está debajo de la mesa.)
Mira, para convencerte
voy á tratar de un asunto
que en boca de las mugeres
propias es muy peliagudo;
así, antes que él venga, advierte
que, si le digo requiebros,

es para que manifieste
su maldad en tu presencia,
para que su disfraz deje,
y descubra la torpeza
de su corazon, albergue
de impostura y de lascivia,
para que veas patente
su villana hipocresía.
Tú podrás, cuando estuvieres
convencido de su infamia,
hacer que este juego cese
saliendo de tu escondite,
á ti toca protejerme,
y estorbar que llegue el lance
á mas que aquello que fuere
necesario para que
ninguna duda te quede.
En fin, como en este asunto
son tuyos los intereses
que median, puedes hacer
lo que á cuento te viniere....
Pero Don Fidel se acerca;
chito, y trata de esconderte.

ESCENA V.

DON FIDEL, DOÑA ELVIRA Y D. SIMPLICIO,
DEBAJO DE LA MESA.

D. FIDEL.

Juana me ha dicho, señora,
que á solas quiere usted verme.

D.ª ELVIRA.

Y es para cosas secretas;
mire usted, por si sucede
lo que antes, si escucha alguno,
y tras sí la puerta cierre.
(Don Fidel va á cerrar la puerta y vuelve.)
No quiero que se repita
la escena, que me estremece
la memoria del peligro
que usted córrió, sin que fuesen
mis ruegos con Alejandro
parte para que no diese
cuenta á su padre de todo;
y fué mi susto tan fuerte
que ni desmentirle supe.
Por fin el cielo clemente
lo ha dispuesto mejor todo.
La estimacion en que tiene

á usted mi esposo disipa
la nube, y sin que sospeche
nada me manda que viva
y que esté con usted siempre,
porque pretende arrostrar
cuanto dijere la gente;
de suerte, que sin que nadie
nos lo note, ni nos zele,
puedo encerrarme yo sola
aquí con usted, y hacerle
sabedor de los secretos
de un pecho, que acaso cede
á sus amorosas ansias
despues de un plazo muy breve.

D. FIDEL.

No comprendo ese lenguaje,
señora, y muy mal se aviene
con lo que dijo usted antes.

D.ª ELVIRA.

Mal conoce á las mugeres
usted, cuando así le arredran
sus afectados desdenes.
¿Una defensa tan flaca
no sabe usted lo que quiere
decir? El pudor combate
con nuestros afectos siempre

en los primeros instantes,
y aunque el amor triunfe y reine
en el pecho, la vergüenza
se opone á que se confiese
el vencimiento, y la boca
habla contra lo que siente
el corazon; la voz niega,
mas lo que niega concede.
Una confesion tan clara
á usted podrá parecerle
prueba de mi liviandad;
pero el estraño accidente
de esta tarde me disculpe;
y diga usted, ¿si no fuese
por el amor que le tengo,
hubiera tan blandamente
escuchado sus requiebros?
Si no quise que dijese
nada Alejandro á su padre,
¿que mas prueba darse puede
de que me agrada su amor?
y el haber hecho tan fuertes
instancias para que usted
el casamiento deseche
que le propone mi esposo
¿no es un indicio evidente
de que no quiero que nadie
en ese corazon reine,

de que una rival me enoja?

D. FIDEL.

Cierto, es dulzura celeste
oir de una boca amada
tanta gloria prometerse;
miel destila de esos labios,
y toda mi ánima siente
tanta bienaventuranza,
que á toda espresion escede.
Pero es, señora, tan grande
la ventura de mi suerte,
que á creerla no me atrevo
¿y quien sabe si no es este
un artificio fraguado,
á fin de que yo deseche
la boda que me proponen?
Hablando en fin claramente,
para que yo á persuadirme
del afecto de usted llegue,
es preciso que algun trago
de celestiales placeres
me dé usted, y en mi alma plante
su favor la rama verde
de fe constante y sincera.

D.ª ELVIRA.

(*Despues de toser para avisar á su marido*)

¿Tanto quiere usted tan breve?

¿Todo el amor de mi pecho
tan presto apurar pretende?
Le confieso que le aprecio,
¿y para satisfacerle
no le basta, que al instante
el último favor quiere?

D. FIDEL.

Siempre es corta la esperanza
de aquel que nada merece,
ni son de fiar palabras
que tanta dicha prometen.
No creeré mi ventura,
señora, hasta que me diere
prendas usted de cariño:
mientras la obras no hubieren
confirmado las palabras
dudaré de su amor siempre.

D.ª ELVIRA.

Señor Don Fidel, el suyo
impone tan duras leyes,
que me asusta usted de veras,
¡que ansie con tan vehemente
ardor por ver sus deseos
satisfechos, sin que deje
un breve espacio de tregua,
en que el corazon aliente!

¿ Es justo tanto rigor ?
¡ Exigir lo que pretende
sin dar una hora de plazo,
y abusar impunemente
de las flaquezas agenas,
y del amor que le tienen !

D. FIDEL.

¿ Mas si con benignidad
ve usted mi amor, á qué viene
negarme prendas seguras
del suyo ?

D.ª ELVIRA.

¿ Y si consintiese,
no se ofenderia el cielo,
de que tanto habla usted siempre ?

D. FIDEL.

Vaya; si no es mes que el cielo
por lo que usted se detiene,
chico estorbo es á fe mia,
y ni mentarse merece.

D.ª ELVIRA.

Pues luego ¿ á qué hablan del cielo,
y tanto miedo nos meten?

D. FIDEL.

Tan ridículos temores

yo los disiparé en breve,
señora; porque sé el arte
de hacer que nunca atormenten
los escrúpulos; el cielo
nos veda ciertos placeres,
es verdad; pero es muy fácil
con el cielo componerse.
Hay cierta ciencia que enseña
á ensanchar nuestros deberes,
ó estrecharlos; es conforme,
lo uno ó lo otro nos conviene.
Cuando las obras son malas,
á la rectitud se atiende
de la intencion; porque Dios
nunca desea la muerte
del pecador, y con poco
se contenta. Muy en breve
sabrá usted esta doctrina.
Déjeme que yo la lleve
por la mano al paraiso,
y no se asuste por leves
parvidades de materia.
Todo el pecado que hubiere
en esto caiga en mis hombros,
y no hay miedo que me pese...
(Doña Elvira tose con mas fuerza.)
Mucho tose usted, señora.

D.ª ELVIRA.

Sí; todo el pecho me duele.

D. FIDEL.

¿Gusta usted de mi alfeñique?

D.ª ELVIRA.

Es tos tan rancia y tan fuerte,
que no he de hallar alfeñiques,
á mi ver, que la remedien.

D. FIDEL.

Es triste cosa.

D.ª ELVIRA.

Fatal.

D. FIDEL.

En fin para que no quede
escrúpulo, sepa usted
que del escándalo pende
el pecado, ya lo dije
otra vez, y considere
que con acciones ocultas
jamás el cielo se ofende.
Quien disimula no peca.

D.ª ELVIRA.

(Despues de toser y dar golpes sobre la mesa.)

Habré al fin de resolverme
á ceder á usted, pues veo
que si á todo cuanto quiere
no me allano, no hay pensar
que quieran aquí creerme.
Sin duda que es cosa triste
que hasta tanto estremo llegue;
pero si doy este paso,
es porque no se convencen
sin él de lo que yo digo,
porque exigen ciertas gentes
desengaños tan palpables,
y pruebas de tal especie,
que... En fin, si alguno se agravia
con esta accion, no se queje
de mí; la culpa no es mia,
protesto estar inocente,
y que cedo á la violencia.

D. FIDEL.

Señora, nada recele
usted; sobre mi cabeza...

D.ª ELVIRA.

Salga usted por si estuviese
Simplicio en el corredor,

y vuelva sino le viere.

D. FIDEL.

Esa es precaucion inútil,
que es hombre con quien se puede
jugar como con un niño;
y le tengo de tal suerte
que, aun viéndolo, nunca crea
cosa que á mí no me pete.

D.ª ELVIRA.

No importa; salga usted fuera,
y escudriñe atentamente
todas las piezas vecinas,
por lo que suceder puede.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO y DOÑA ELVIRA.

D. SIMPLICIO.

(Saliendo de debajo de la mesa.)
¡Jesus, qué hombre tan infame!
vaya vaya; es una peste
infernal, no vuelvo en mí.

D.ª ELVIRA.

Simplicio ¡qué vivo que eres!
¿A qué sales todavía?
Estraño que te aceleres

tanto; vuelve á tu escondite,
y aguarda hasta el fin; ¿no temes
hacer un juicio malo?
Saldrás de dudas muy breve.

D. SIMPLICIO.

Pongo á que hombre mas perverso
ni en el infierno se encuentre.

D.ª ELVIRA.

¡Dios mio! las apariencias
te engañan. ¿Quién sabe? A veces
pueden ser falsas las cosas
que mas ciertas nos parecen.
Para no errar te aconsejo
que sin decir nada esperes
hasta el remate de todo.
(Doña Elvira pone á Don Simplicio detrás de ella.)

ESCENA VII.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA y DON FIDEL.

D. FIDEL.

(Sin ver á Don Simplicio.)
La fortuna favorece
mis gustos; de mirar vengo
esos cuartos, y no hay gente.
Mi tierno amor...
(Al tiempo que Don Fidel viene con los brazos

abiertos para abrazar á Doña Elvira, esta se retira y ve Don Fidel á Don Simplicio.)

D. SIMPLICIO.

(Deteniendo á Don Fidel.)

Cepos quedos.
Procure usted contenerse.
¡Cáspita, qué amor tan fino!
¿Con qué el siervo de Dios quiere
ponerme lo que usted sabe?
¡Un santo que así se deje
llevar de la tentacion!
¡Se casa con mi hija y quiere
gozar tambien mi muger!
Yo creí que en burlas fuese.
He aguantado largo rato,
pensando que era juguete,
y que iba á mudar de estilo.
Ya tengo lo suficiente,
sin que usted pase adelante.

D.ª ELVIRA. *(A Don Fidel.)*

Astucia mi accion parece,
mas no estuvo en mi evitarla.

D. FIDEL. *(A Don Simplicio.)*

¿Piensa usted?....

D. SIMPLICIO.

En lo que piense.
Mutis de casa al momento,
sin mas dimes ni diretes.

D. FIDEL.

Mi intento...

D. SIMPLICIO.

Es gastar parola,
y lo que aquí se requiere
es irse pronto á la calle.

D. FIDEL.

Usted es quien luego debe
irse, usted que hace de dueño;
la casa me pertenece
á mí solo; yo lo haré
constar cuando el tiempo llegue.
Vano es que con viles artes
ultrajarme aquí se piense;
yo haré ver que tengo medios
para castigar aleves
y confundir impostores,
vengando al cielo que ofenden,
y haciendo que se arrepientan
cuantos agraviarme intenten.

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA Y DON SIMPLICIO.

Dª. ELVIRA.

¿Qué es lo que quiere decir?
¿Qué modo de hablar es este?

D. SIMPLICIO.

A fe que yo no me rio,
y que temo un accidente.

D.ª ELVIRA.

¿Cual?

D. SIMPLICIO.

He hecho un gran disparate,
no sé que remedio tiene.
Esta donacion me inquieta.

D.ª ELVIRA.

¿Qué donacion?

D. SIMPLICIO.

De mis bienes,
y es negocio concluido.

D.ª ELVIRA.

¿Qué?

D. SIMPLICIO.

Ya lo sabrás. Lo urgente
es ver si no se ha llevado
una arquita con papeles.



ACTO V.

ESCENA I.

DON SIMPLICIO Y DON PABLO.

D. PABLO.

¿A dónde vas tan de priesa?

D. SIMPLICIO.

¿Qué sé yo?

D. PABLO.

La primer cosa
es pensar lo que has de hacer
para salir de zozobras.

D. SIMPLICIO.

Lo que á mí me hace perder
el juicio, y me incomoda
mas que otra cosa, es la arquita.

D. PABLO.

¿Pues tanto esa arquita importa?

D. SIMPLICIO.

El amigo perseguido

que mi corazon aun llora,
al irse me la encargó,
y su caudal, vida y honra,
dijo que de estos papeles
dependian.

D. PABLO.

¿Pues que loca
idea te hizo ponerla
en manos de otra persona?

D. SIMPLICIO.

Escrúpulo de conciencia.
Contéle toda la historia
á esé bribonazo, y él
con su mónita devota
me persuadió se la diera,
diciendo ser fácil cosa
que el juez hiciera pesquisas;
si echaba requisitorias,
yo, sin cargar mi conciencia,
y con doblez oficiosa,
decia que no tenia
ni papeles, ni las otras
cosas que me preguntáran,
y que así juraba contra
la verdad, y sin pecar.

D. PABLO.

Hermano, veo que toman
tus asuntos mal semblante;
la donacion, esa historia,
el haberte fiado de él;
confieso que me acongoja
cuanto me dices, y entonces
ha sido una accion muy loca
insultarle, como has hecho,
que tiene prendas de sobra
para darte que sentir.

D. SIMPLICIO.

¡Qué; con facha tan devota
esconder tanta doblez,
tanta maldad horrorosa,
conmigo que le dí asilo
cuando pedia limosna!
Si otro santurron me engaña,
mándole que ha de ser obra
de romanos: como al diablo
la cruz haré á las personas
que me hablen de devocion.

D. PABLO.

Simplicio, eso es dar en otra
exageracion peor.

Mas tú nunca te reportas;
y por huir de un error
das en el opuesto ahora.
Un pícaro te engañaba
con capa de religiosa
piedad, y por eso piensas
ya que las almas devotas,
que sirven á Dios con zelo,
son como ese infame todas.
Si así lo crees, hermano,
torpemente te equivocas.
Deja, deja á los impíos
que consecüencias tan tontas
saquen, y que hagan rechifla
de la piedad, porque es moda.
Tú ama la virtud, respeta
á las personas piadosas;
mas no creas en palabras,
atente solo á las obras;
aborrece la villana
hipocresía, mas honra
la virtud pura y sincera,
y la religion adora:
y advierte que vale mas,
hermano, pecar por sobra
que por falta de respeto
en cosas de tanta monta.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO, D. PABLO y D. ALEJANDRO.

D. ALEJANDRO.

¿Padre, es cierto que un bribon
sin vergüenza le provoca
á usted, sin guardar de tantos
beneficios la memoria,
y que tiene la insolencia
de amenazarnos ahora
que ha de echarnos de esta casa?

D. SIMPLICIO.

Así es, hijo; mi congoja
es cruel en este lance.

D. ALEJANDRO.

Ese pleito á mí me toca.
Ambas orejas le corto,
y salimos de zozobra
en un instante; bien puede
decir que le llegó su hora.

D. PABLO.

Bueno; eso se llama hablar
con la ligereza propia

de un muchacho atolondrado;
modera esa furia loca,
que vivimos bajo un justo
gobierno, y el que se porta
con violencia halla castigo,
sin que el favor le socorra.

ESCENA III.

DOÑA TECLA, D. SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D.ª TECLA.

¿Qué es esto hijo? Aquí me cuentan
un monton de horribles cosas.

D. SIMPLICIO.

Grandes novedades, madre,
que acabo de ver ahora
yo mismo. Ve usted que fruto
he sacado de mi boba
bondad: un pobre mendigo,
que de beneficios colma
mi necedad, que le trato
cual pudiera á la persona
mas allegada, le doy
mi caudal, y á mi hija propia,
y al mismo tiempo el villano

á mi muger enamora,
y procura deshonrarme:
esto no basta; se arroja
hasta amenazarme ingrato
con dádivas que mi tonta
confianza le tiene hechas;
afana por ver si logra
despojarme de mis bienes,
y ponerme en la horrorosa
miseria, de que yo necio
le he sacado: esta es mi historia.

JUANA.

¡Pobrecito!

D.ª TECLA.

Hijo, no creo
que hiciera accion tan odiosa.

D. SIMPLICIO.

¿Como?

D.ª TECLA.

Los buenos son siempre
envidiados.

D. SIMPLICIO.

Esta es otra:
¿qué quiere usted decir, madre?

D.ª TECLA.

Que es tu casa una Liorna,
y que todos le aborrecen.

D. SIMPLICIO.

¿Y para el caso qué importa?

D.ª TECLA.

Cuando eras niño, te dije
que las gentes virtuosas
eran las mas perseguidas;
que la envidia es la ponzoña
que nunca muere en el mundo,
porque se van las personas
envidiosas, y ella queda.

D. SIMPLICIO.

Y lo que yo digo ahora
¿qué tiene que ver con eso?

D.ª TECLA.

Te habrán contado una historia
sin pies ni cabeza.

D. SIMPLICIO.

¡Calle!
¿Pues no he dicho ya, señora,
que lo he visto yo, yo mismo?

D.ª TECLA.

Hay lenguas murmuradoras.

D. SIMPLICIO.

Esto es para condenarse.
Una vez, ciento y mil otras
repito que yo lo he visto.

Dª. TECLA.

De las lenguas ponzoñosas
ninguno puede librarse.

D. SIMPLICIO.

Usted, madre, me provoca
con las réplicas que tiene
y sus reflexiones tontas.
Si he dicho ya que lo he visto,
visto ¿lo oye usted ahora?
visto con mis propios ojos.
Pues no está mala la sorna.
¿Quiere usted oirlo mas?

D. TECLA.

¡Dios mio! son engañosas
las apariencias, mil veces
el mas lince se equivoca.
No siempre es bueno juzgar

uno por su vista propia.

D. SIMPLICIO.

¡Por vida de!....

Dª. TECLA.

Sospechamos
siempre lo peor; las obras
santas se interpretan mal.

D. SIMPLICIO.

¿Qué interpretar, ni que alforjas,
si abrazaba á mi muger?

Dª. TECLA.

Antes que de una persona
se hable mal, es necesario
saber de fijo las cosas.

D. SIMPLICIO.

¿Qué mas fijo quiere usted?
El diablo no diria otra.
¿Con qué habia de aguardar
hasta que?.... Usted está tonta.

Dª. TECLA.

En fin, es alma muy cándida,
muy devota y religiosa,

y las cosas que le achacan
saldrá que son falsas todas.

D. SIMPLICIO.

Es mucho disparatar,
no sé si fuera usted otra
que mi madre lo que haria.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

Así va, señor, la bola;
usted no quiso creer
y no le creen ahora.

D. PABLO.

Gastamos en frioleras,
que maldita cosa importan
tiempo, y mientras sus medidas
sin duda el pícaro toma.

D. ALEJANDRO.

¿Piensa usted que llegue á tanto
su descaro?

D.ª ELVIRA.

Tengo poca
inteligencia en asuntos;
mas pienso que tan odiosa
demanda no ose entablarla.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

No te fies; hay personas
que protejen á los malos:
este lance de su boca
oido parecerá
una accion que le es honrosa,
y con menos fundamento
he visto yo que se atollan
otros, sin poder salir
á salvo. ¿Quién le provoca
con las armas que él tenia?

D. SIMPLICIO.

Cierto, pero al ver su odiosa
soberbia y su hipocresía,
confieso que perdí toda
la razon y la paciencia.

D.ª ELVIRA.

Si, cuando pasó la historia
hubiera sabido yo
lo que habia ¿quién ignora
que hubiera escusado el lance
que tanto nos desazona,
y mis?....

D. SIMPLICIO.

(A Juana, viendo entrar á Don Celedonio.)

¿Qué me quiere ese hombre?
sabe á qué fin se le antoja
verme, y dile que se vaya,
que su visita incomoda

ESCENA IV.

D. SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA Y D. CELEDONIO.

D. CELEDONIO.

(A Juana en el fondo del teatro.)

Dios le dé salud, hermana,
y despues allá la gloria.
Quisiera hablar dos palabras
al amo, si nadie estorba.

JUANA.

Está con gente y no puede
hablar con nadie.

D. CELEDONIO.

No importa,
que yo no seré importuno:

es asunto de muy pocas
razones, y gustará
de saberle de mi boca.

JUANA.

¿Su nombre de usted?

D. CELEDONIO.

Mi nombre
es lo que menos importa.
Dígale usted que me envia
Don Fidel, y para cosas
de su bien.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

Dice que viene
para negocios de monta
de parte de Don Fidel,
y que será muy gustosa
su comision.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

Pues oigamos
lo que ese hombre nos proponga.

D. SIMPLICIO. *(A Don Pablo.)*

¿Si me habla de componerse,
qué quieres que le responda?

D. PABLO.

Será forzoso escucharle
en tu situacion penosa.

D. CELEDONIO. *(A D. Simplicio.)*

El Señor nos dé su gracia,
y confunda á quien se oponga
á su bien de usted, que así
esta ánima pecadora
lo pide en sus oraciones.

D. SIMPLICIO.

(En voz baja á Don Pablo.)

Este exordio se acomoda
muy bien con lo que yo pienso.

D. CELEDONIO.

He recibido mil honras
de esta casa, y señor padre
siempre como cosa propia
me miraba.

D. SIMPLICIO.

Siento mucho
no conocer la persona
de usted: dígame su nombre

D. CELEDONIO.

Don Celedonio de Porras,
natural de Mondoñedo,
y por mas que se carcoma
la envidia, soy escribano
con mis títulos en forma.
Cuarenta años ha que ejerzo
esta profesion gloriosa.
Y vengo con su licencia,
y sin consentir demora,
á notificar un auto.

D. SIMPLICIO.

¿Qué; usted viene?....

D. CELEDONIO.

Es cosa corta,
que está dicha en dos palabras;
providencia ejecutoria
de proceder al despojo
de casa, y que ni personas
ni muebles en ella queden,
sin permitir moratoria.

D. SIMPLICIO.

¡Yo salir de aquí!

D. CELEDONIO.

¿Usted sabe,

señor, que es la casa ahora
del buen señor Don Fidel,
que por un contrato en forma,
otorgado ante escribano,
y que tengo aquí en mi bolsa,
dueño es del caudal de usted,
sin que ninguno le tosa?

D. ALEJANDRO. *(A Don Celedonio.)*

Es mucha la desvergüenza.

D. CELEDONIO. *(A Don Alejandro.)*

A mí no me comisionan
para tratar con usted,
caballerito; á quien toca.
(Señalando á Don Simplicio.)
responder es al señor,
que es un sugeto de forma,
y respeta á la justicia.

D. SIMPLICIO.

Yo....

D. CELEDONIO.

Sí señor, y me consta
que no haria resistencia
por un millon, que es persona
prudente y muy timorata

el señor, y no le enoja
que yo cumpla con mi oficio.

D. ALEJANDRO.

¿A qué se gana una soba
de palos bien asentados
su mónita socarrona?

D. CELEDONIO. *(A Don Simplicio.)*

Haga usted que salga ó calle
su hijo, que fuera penosa
precision certificar
palabras tan injuriosas.

JUANA. *(Aparte.)*

¿A este hombre Don Celedonio,
ó Don Demonio le nombran?

D. CELEDONIO.

Tengo, señor, tierno afecto
á las almas religiosas
y buenas, y en prueba de ello,
y del zelo que me abona,
practico estas diligencias,
porque algun otro no escojan
que procediese con menos
suavidad, que hay personas
de muy poco miramiento.

D. SIMPLICIO.

Pues es accion cariñosa
el echarme de mi casa.

D. CELEDONIO.

Pero permito demora,
y el cumplimiento del auto
no pienso poner por obra
hasta mañana temprano,
si Dios quiere; yo las cosas
no las llevo por el filo.
Porque todo vaya en forma,
usted, antes de acostarse,
hará que me entreguen todas
las llaves: yo mandaré
á diez hombres de mucha honra
que pasen aqui la noche:
mientras que ustedes reposan
velan ellos, y así nadie
nada de la casa toma.
Mañana al amanecer
saca usted todas sus cosas,
y se las lleva, y se va
adonde mas le acomoda.
Mis mozos ayudarán;
son todos gente mañosa
y robusta; á fe que nada

se desgracie ni se rompa.
Soy hombre muy servicial
y bondoso, sin lisonja.
Señor Don Simplicio, yo
aguardo de usted la propia
bondad, y que su familia
á mi oficio no se oponga.

D. SIMPLICIO. (*Aparte.*)

¡De lo poco que me queda
de mejor gana cien onzas
diera yo por asentar
en su cara socarrona
el bofeton mas bien dado!

D. PABLO. (*A Don Simplicio.*)

Vamos, hermano, una poca
de paciencia.

D. ALEJANDRO.

No sé como
me contengo, que la boca
no le he bañado ya en sangre.

JUANA.

Pregunto: ¿en esa corcova
qué sentaria mejor,
ó garrote, ó cachiporra?

D. CELEDONIO.

Hija, modere esa lengua,
y sepa, por si lo ignora,
que tambien para mugeres
hay castigo, si provocan.

D. PABLO. (*A Don Celedonio.*)

Traiga usted ese papel,
y déjenos.

D. CELEDONIO.

En buen hora.
Hasta luego: Dios les dé
á ustedes su santa gloria.

D. SIMPLICIO.

Y Satanas el infierno
á ti y quien te comisiona.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. ALEJANDRO y JUANA.

D. SIMPLICIO.

¿Qué tal, madre, miento yo?

Por el auto que me emboca
saque usted si tiene el alma
bien infame y bien traidora
el gazmoño hipocriton

D.ª TECLA.

¡Jesus! me he quedado tonta.
como la que ve visiones.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

No señor, todas sus obras
se encaminan al provecho
del prójimo, y mayor honra
de Dios; los bienes terrenos
son cosas muy transitorias,
y suelen dañar al alma,
por eso su fervorosa
caridad á usted le quita
ese peso que le estorba
para el camino del cielo.

D. SIMPLICIO.

Siempre has de ser habladora;
calla y déjanos en paz.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

Tomemos medidas prontas
para salir de este apuro.

D.ª ELVIRA.

Haz al público notoria
su ingratitud y osadía;
con su conducta alevosa
las cláusulas del contrato
ese perverso las borra,
que no es posible que triunfe
iniquidad tan odiosa.

ESCENA VI.

DON CARLOS, D. SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO y JUANA.

D. CARLOS.

Señor Don Simplicio, siento
darle un pesar; pero importa
mucho que usted ponga en cobro
al momento su persona:
un amigo íntimo mio,
que acaso en ello viola
el secreto que es debido
en cosas de estado, ahora
me avisa que está mandado
prender á usted, y que sola
la fuga puede librarle.

Una hora ha la venenosa
serpiente que abrigó usted,
de traicion y de alevosas
correspondencias le acusa:
la delacion corrobora
presentando al Soberano
una arquita que usted, contra
las leyes de fiel vasallo,
guardaba, donde están todas
las piezas de un fugitivo
reo de estado: no informa
de mas mi amigo; mas sé
que hay órden para la pronta
prision de usted, y el villano
acompañará en persona
al que ha de arrestar á usted.

D. PABLO.

Así el hipócrita colma
su maldad, y sus derechos
con esta accion corrobora,
fingiendo que eres traidor.

D. SIMPLICIO.

Vaya; el hombre, sin lisonja,
es un maldito animal.

D. CARLOS.

Vamos, que cualquier demora

puede ser á usted funesta.
Ahí tiene usted esa bolsa
con mil doblones; mi coche
nos aguarda hace media hora.
No perdamos un instante,
que estos golpes, si se estorban,
es poniendo tierra en medio.
Mi amistad no le abandona
á usted hasta estar en parte
segura.

D. SIMPLICIO.

¡ Cuanto á la heróica
amistad de usted le debo!
Ruego al cielo que me ponga
en estado de pagar
una accion tan generosa.
Y tú, Pablo, ten cuidado.....

D. PABLO.

No te detengas; con todas
tus cosas tendré yo cuenta,
como con las mias propias.

ESCENA VII.

DON FIDEL, UN ALCALDE DE CORTE, DOÑA TECLA. DOÑA ELVIRA. D. SIMPLICIO, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. CARLOS, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D. FIDEL.

(*Deteniendo á Don Simplicio.*)

Despacio, señor, despacio;
no es menester que usted corra
tanto para encontrar casa;
el Soberano le aloja
en la cárcel.

D. SIMPLICIO.

¡Ah villano!
¡Con qué bella accion coronas
tus infamias! ¡Digna paga
de quien á pícaros honra!

D. FIDEL.

Con todas esas infamias
no piense usted que me enoja,
que se las ofrezco á Dios.

D. PABLO.

Edifica tan devota

moderacion.

D. ALEJANDRO.

¡ El perverso
como del cielo se mofa!

D. FIDEL.

En vano por irritarme
me denuestan y baldonan;
quien cumple con sus deberes
vanos clamores arrostra.

D.ª PEPITA.

Por cierto la comision
con que usted viene es honrosa,
¡ soplon !

D. FIDEL.

En servir al Rey
no puede caber deshonra.

D. SIMPLICIO.

¿ Te acuerdas, bribon, mendigo,
que te daba de limosna
de comer pan á mi mesa ?

D. FIDEL.

No me olvido de las honras
que puedo deber á usted ;

pero media la persona
sagrada del Soberano
que toda gratitud borra
en mi pecho, que leal
sacrificará á su gloria
amigos, parientes, hijos.

D.ª ELVIRA.

¡Infame!

JUANA.

¡Como blasona
de virtud el muy soez!

D. PABLO.

Pues si es tan buen patriota
usted, como aquí se jacta,
¿porqué aguardaba hasta ahora
á delatar á mi hermano,
cuando ha visto que á su esposa
requiebra usted, y de casa,
porque así lo exige la honra,
le despide? Y si es culpado,
¿para qué admite con pronta
voluntad la donacion
que con mano generosa
de todo su caudal le hace?
Cosas tan contradictorias
yo no acierto á concertarlas.

D. FIDEL.

(Al Alcalde de corte.)

Bulla tan escandalosa
durará, señor alcalde,
hasta cumplir con lo que obra
el espediente, y así
haga usted justicia pronta.

EL ALCALDE.

Será usted servido al punto;
y pues la justicia invoca,
la ejecutaré al instante.
Sin réplica ni demora
dese usted al Rey.

D. FIDEL.

¡Yo preso!

EL ALCALDE.

Usted.

D. FIDEL.

¿Por qué?

EL ALCALDE.

Eso no toca
á usted preguntar; mas quiero
que estos señores conozcan

la historia de un impostor.

(A Don Simplicio.)

Aliente usted: no está ahora
en el tiempo en que reinaba
la hipocresía engañosa:
un Soberano ilustrado
disipa sus cautelosas
nieblas, por mucho que artera
en sus vapores se esconda.
De la religion amante,
sabe discernir las sombras
de la luz; y el falso zelo,
que con color se arrebola
de piedad y devocion,
toda su saña provoca.
De este hipócrita villano
las virtudes impostoras
mal podian engañarle,
que muy mas artificiosas
mentiras penetrar sabe:
de una mirada vió todas
las maldades de este infame,
en su corazon las hondas
raices que echó el delito;
y cuando con engañosa
astucia á su bienhechor
acusa, la vengadora
justicia del cielo quiere

que el príncipe en él conozca
á un célebre delincuente,
cuyos hechos epilogan
tanta negra iniquidad
que llenara mil historias.
Para evitar su castigo
el fingido nombre toma
de Don Fidel, ocultando
el suyo, que tanto asombra.
Indignado el Soberano
de su conducta alevosa,
que así con su ingratitud
sus graves delitos colma,
quiso ver donde llegaba
de su desvergüenza loca
el esceso, y me encargó
que le trajese, con sola
la intencion que reparase
los males que ustedes lloran.
La autoridad soberana
del monarca le despoja
de la donacion que usted

(A D. Simplicio.)

le hizo de su hacienda toda,
le restituye sus bienes,
y su clemencia perdona
la ofensa de haber guardado
con reserva misteriosa

la fe á su amigo proscrito;
y así el príncipe corona
el zelo que por su causa
muestra usted en las discordias
civiles que nos agitan;
que siempre su protectora
diestra ampara á quien le sirve,
y si en su alma grande poca
impresion hace el agravio,
el servicio no se borra.

JUANA.

¡Gracias al cielo!

D.ª TECLA.

Ya aliento.

D.ª ELVIRA.

¡Qué suerte tan venturosa!

D.ª PEPITA.

¿Quien lo dijera?

D. SIMPLICIO.

(A D. Fidel, que el Alcalde se lleva consigo.)
Anda, infame.

ESCENA VIII.

DOÑA TECLA, D. SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO, D. CARLOS, DON ALEJANDRO Y JUANA.

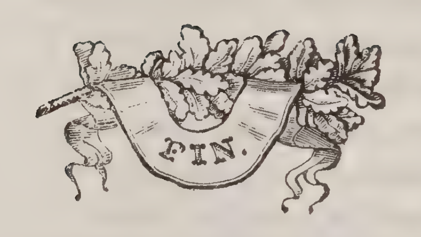
D. PABLO.

Mira, hermano, que deshonras
el triunfo con insultar
á ese hombre: harto dolorosa
es su suerte: antes al cielo
su perdon por él implora,
que arrepentido sus culpas
llore, porque piadosa
la bondad del soberano
temple su castigo. Ahora
vé á dar las gracias de tantos
favores de que te colma
el Monarca, y á sus plantas
reconocido te postra.

D. SIMPLICIO.

Dices bien: vamos al punto
de su bondad generosa
á tributarle rendidas
gracias, y luego las bodas

de Pepita dispondrémos
con Cárlos, que su amorosa
constancia de ser premiada
mucho ha que es merecedora.



1°. MAYO DE 1836.

Coleccion de Novelas que se publican en la casa de OLIVA. Barcelona.

Persuadidos de lo conveniente que seria reunir en una Coleccion lo mas interesante que se ha publicado en clase de novelas, puesto que son muchos los aficionados á su deliciosa lectura, hemos determinado dar á luz una Coleccion compuesta de las mas celebradas y de conocido mérito. Además, el tener el amante de estas agradables producciones del ingenio que recurrir á distintos puntos para recopilar en su biblioteca algunas novelas escogidas, lo que tiene muchos inconvenientes; y el ver que aun despues de conseguido, la desigualdad de su impresion, tamaño, encuadernacion, etc. forma un amontonamiento de volúmenes chocante á la vista por su desproporcion y falta de uniformidad: son otros tantos motivos que nos han impelido á proporcionar al público la Coleccion que anunciamos. Todas las novelas de que constará tendrán idéntico tamaño, la misma impresion, igual papel, etc.; estarán enriquecidas con bellas láminas, y adornadas con preciosas viñetas; de modo que serán el adorno de una biblioteca por su belleza, un pasatiempo instructivo y delicioso por su mérito literario, y podrán fácilmente circular por lo cómodo y manejable de su tamaño.

Los señores impresores, libreros y autores que publiquen alguna obra nueva de regular reputacion, y deseen adquirir á cambio algunas de las novelas de la Coleccion, dirijanse al Editor, avisándole antes de la publicacion de dichas obras, y podrán convenir en el cambio.

A los que deseen tomar por mayor dichas novelas se les hará una rebaja proporcionada por cada doce ejemplares. Así mismo á los señores que gusten seguir la suscripcion se les entregará por cada doce novelas una gratis, principiando á contar desde la primera á que se hayan suscrito.

Se ha dado principio ya á dicha Coleccion con las novelas que á continuacion se espresan, que por las referidas cualidades han merecido la mas plausible acogida:

La Estranjera, ó la Muger misteriosa por el vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, á 14 rs. en rústica y 18 en pasta.

La Abadesa, ó Procedimientos inquisitoriales por W. H. Ireland: 2 tomos 16, á id. id.

El Solitario del Monte Salvaje, por el vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, á id. id.

PUBLICACIONES NUEVAS.

Casey: Intérprete Anglo-Hispano, ó sea Tratado práctico de las lenguas inglesa y española: 1 tomo 4, nueva y muy correcta edicion de 1835, 36 rs. vn. pasta.

Chantreau: Arte de hablar bien francés, ó Gramática completa, revista y corregida con todo esmero por Mr. Dupuy, 1 tomo 4, 22 rs. vn. pasta.

Diccionario histórico, ó Biografía universal de hombres célebres: 12 tomos 4, de 672 páginas cada uno, 792 rs. vn. pasta.

Suplemento al Diccionario histórico, ó Biografía de hombres célebres: 1 tomo en 4 de 224 páginas, á 30 rs. vn. pasta.

Coleccion de retratos de los principales personajes célebres contenidos en el Diccionario histórico ó biografía universal, grabados con finura y habilidad, y sacados de los mas auténticos que se conocen: esta Coleccion consta de 159 retratos y el frontispicio, que lo forma una lámina alegórica. Dicha Coleccior se venderá tambien separadamente del Diccionario histórico, á las personas curiosas que deseen poseer los retratos mas celebrados de los hombres eminentes y sabios de todas clases: precio 170 rs. vn. la Coleccion completa y encuadernada.

Diario de Santa-Helena, escrito por el Conde de las Casas, y Continuacion del mismo, ó sea Napoleon en su destierro, y últimos momentos de Napoleon, por los Sres. O'Meara y Antommarchi: 9 tomos 8, enriquecido con 3 láminas finas, 136 rs. vn. pasta.

Eusebio: historia sacada de las memorias que dejó él mismo, por D. Pedro Montengon: 4 tomos 8, marquilla, 60 rs. vn. pasta.

Llorente: Historia crítica de la Inquisicion de Espa-

ña: obra original conforme á lo que resulta de los archivos del Real Consejo de la Suprema y de los tribunales del Santo Oficio de las provincias: con una lámina fina que representa el retrato del Autor: 8 tomos 8, 114 rs. vn. pasta.

Moral universal, ó Deberes del hombre fundados en su naturaleza: obra escrita en francés por el Baron de Holbach, y traducida al castellano por D. Manuel Diaz Moreno: 3 tomos 8, hermosa y correcta edicion, adornada de una lámina fina: 40 rs. vn. pasta.

Obras dramáticas y líricas de D. Leandro Fernandez de Moratin, nueva edicion: 6 tomos 8, adornada de 9 láminas finas, 104 rs. vn. pasta.

COMEDIAS.

Bruto ó Roma libre, trajedia en 5 actos: á 4 reales vellon.

El Chasco de los Pretendientes, ó sea la disolucion del Congreso de Tœplitz, drama político en 3 actos: á 4 rs. vn.

La Heredera, comedia en 1 acto, original de Scribe y J. Melangue: á 2 rs. vn.

El Novio en mangas de camisa: á 2 rs. vn.

Luisa, ó el Desagravio: á 2 rs. y medio.

Derú, ó el Asesino de tres caras: á 2 rs.

El Mendigo de Bruselas: á 2 rs.

La Espía americana: á 2 rs. y medio.

El Heredero, ó los Calaveras Parásitos: á 2 rs.

Alejandro en las Indias: 3 reales vellon.
Aviso á las solteras: 3 rs. vn.
Beneficencia é ingratitud: 3 rs. vn.
Bretánico: 3 rs. vn.
Blanca y Moncasin, 4 rs. vn.
Cristoval Colon: 3 rs. vn.
Diez años, ó el Cerrajero de S. Pol: 2 rs. vn.
Duque de Osuna: 3 rs. vn.
Dido abandonada: 3 rs. vn.
Don Alvaro, ó la fuerza del sinó: 8 rs. vn.
El Cuákero y la Cómica: 4 rs. vn.
Elena: 8 rs. vn.
El Hombre gordo: 4 rs. vn.
El Ciego de la encina: 3 rs. vn.
El Padre romano: 3 rs. vn.
El Preso por amor: 3 rs. vn.
El Avaro: 3 rs. vn.
El dichoso arrepentimiento: 3 rs. vn.
El Job de las mugeres: 3 rs. vn.
El Hombre prudente: 3 rs. vn.
El Monstruo de Cataluña: 3 rs. vn.
El Carpintero de Livonia: 3 rs. vn.
El Baron: 3 rs. vn.
El Monstruo de la Fortuna: 3 rs. vn.
Esposa fiel: 3 rs. vn.
El Mágico africano: 3 rs. vn.
El Vengador de los Cielos: 3 rs. vn.
El Honor es lo primero: 3 rs. vn.
El Caballero: 3 rs. vn.
El Comerciante inglés: 3 rs. vn.
El Sordo en la posada: 3 rs. vn.

El alcázar del secreto: 3 rs.
El Viting: 3 rs. vn.
El Manolo: 3 rs. vn.
El Verdugo de Amsterdam: 4 rs. vn.
El Hombre de la Selva Negra: 4 rs. vn.
El Litigante generoso: 4 rs. vn.
El Pítaco, tragedia: 3 rs. vn.
El bosque peligroso: 3 rs. vn.
El Médico á palos: 3 rs. vn.
Eduardo y Federica: 3 rs. vn.
El Pelayo: 4 rs. vn.
Federico II: 3 rs. vn.
Fatme y Selina: 3 rs. vn.
Galan valiente y discreto: 3 rs. vn.
Hermenegilda: 3 rs. vn.
Juan, ó no hay mal que para bien no venga: 2 reales vellon.
Julia de Blecin, ó la intriga: 2 rs. vn.
José II en Saltbrag ó la Huérfana: 3 rs. vn.
La Novia de sesenta y cuatro años ó una lotería, 4 reales vellon.
La casita aislada, ó la Pupila: 2 rs. vn.
La Hija del Portero: 2 rs. vn.
Las diez de la noche, ó funestos efectos de una revolucion: 4 rs. vn.
La Xaira: 2 rs. vn.
Las tres parroquias: 4 rs. vn.
La Venganza: 5 rs. vn.
Lisonja á todos: 4 rs. vn.
Lucinda: 2 rs. vn.
Los Amantes de Siracusa: 3 rs. vn.

La Escuela de la amistad: 3 rs. vn.
La Jacoba: 3 rs. vn.
La Escuela de las madres: 3 rs. vn.
La Egilona: 3 rs. vn.
La Jahel: 3 rs. vn.
La Señorita mal criada: 3 rs. vn.
Los dos Amigos, ó el Negociante de Lion: 3 rs. vn.
La Crueldad de Inglaterra, ó lo que va de cetro á cetro: 3 rs. vn.
La Virtud premiada: 3 rs. vn.
La Judit castellana: 3 rs. vn.
La Condesa de Genovitz: 3 rs. vn.
La Criada mas sagaz: 3 rs. vn.
La Confesion con el Demonio: 3 rs. vn.
Los Prisioneros ingleses: 3 rs. vn.
La bella Guayanesa: 3 rs. vn.
La toma de San Felipe: 3 rs. vn.
Lo cierto por lo dudoso: 3 rs. vn.
La Dama corregidor: 3 rs. vn.
Los riesgos que tiene un coche: 3 rs. vn.
Los siete Hijos de Edipo: 3 rs. vn.
La Silesia: 3 rs. vn.
Los Asesinos de Florencia: 3 rs. vn.
Los dos Valdomiros: 3 rs. vn.
La filantropía, ó la reparacion de un delito: 3 rs. vn.
La Metromanía: 4 rs. vn.
Los Hermanos á la prueba: 3 rs. vn.
La Vieja y los dos Calaveras: 3 rs. vn.
Las Cárceles de Lamberg: 3 rs. vn.
Llorar por los muertos y suspirar por los vivos: 3 reales vellon.

María, ó la Niña abandonada: 3 rs. vn.
María Teresa de Austria: 3 rs. vn.
Mitrídates: 3 rs. vn.
Misantropía y arrepentimiento: 3 rs. vn.
Morir por la Patria: 3 rs. vn.
No hay virtud sin recompensa: 3 rs. vn.
Paz de Artajerjes.: 3 rs. vn.
Quince años, ó efectos de la perversion: 2 rs. vn.
Quince años ha: 5 rs. vn.
Raquel: 3 rs. vn.
Sara Sampion: 3 rs. vn.
Treinta años, ó la vida de un jugador: 4 rs. vn.
Tener zelos de sí mismo: 3 rs. vn.
Todo es farsa en este mundo: 8 rs. vn.
Zazuela, premios de Amor: 3 rs. vn.

Operas en italiano con la traduccion en castellano.

Olivo y Pasqual: 4 rs. vn.
Casa deshabitada: 4 rs. vn.
Torcuato Tasso: 4 rs. vn.
Catalina de Guisa: 4 rs. vn.
Muda de Portici: 4 rs. vn.
Castillo de Kenilvorth: 4 rs. vn.

Nota. A mas de las comedias que aquí se mencionan, se hallan en la misma librería de Oliva, los mas acreditados dramas del teatro moderno, y muchísimos mas de todas clases, que por no ocupar demasiado lugar han dejado de continuarse en la antecedente lista.